

AKAL / BÁSICA DE BOLSILLO



EL FASCISMO

ERNEST MANDEL

Akal / Básica de bolsillo / 242

Ernest Mandel

El fascismo

Traducción: Patricia Meneses Orozco



Diseño de portada
Sergio Ramírez

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

© Ernest Mandel

© Ediciones Akal, S. A., 1987
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-3888-7

Prólogo

El desarrollo de la Primera Guerra Mundial fue a la vez un efecto y un catalizador de la crisis del capitalismo europeo. La miseria y la destrucción que trajo consigo cristalizaron en la extensión de la convicción de que si el proletariado, la humanidad, querían sobrevivir, el capitalismo debía morir. De este modo, el chovinismo y el patriotismo estrecho que en los inicios de la conflagración permitieron a la burguesía y a los Gobiernos reaccionarios hacer olvidar a la gran masa de los explotados las diferencias y el antagonismo de clases que les separaban de ella, y embarcarla en la aventura imperialista, se vieron al final de la misma sustituidos por la reanudación y la agudización de la lucha de clases.

El imperio de los zares, eslabón débil de la cadena imperialista, azotado por contradicciones explosivas que la burguesía se mostró incapaz de resolver, fue la primera víctima del cambio de signo de la situación. La desintegración del zarismo, la debilidad de la burguesía, la concentración, combatividad y politización del proletariado, y la insatisfacción e impaciencia del campesinado que constituía el grueso de un ejército desorganizado por las derrotas militares frente a los alemanes, así como la experiencia de la revolución de 1905 y la existencia de un fuerte y experimentado partido revolucionario, el partido bolchevique, hicieron posible el derrocamiento de la autocracia y la instauración de la dictadura del proletariado, esto es, la toma del poder por los sóviets.

Sin embargo, el país que mejores condiciones presentaba para la toma del poder por el proletariado, era también el que menos las reunía para su mantenimiento y consolidación. El atraso económico de la joven república soviética, la intensa desorganización y destrucción del aparato productivo que supusieron la guerra imperialista, la guerra civil y la guerra contra la intervención exterior y la aplastante mayoría del campesinado, unidos al quebrantamiento de la vanguardia revolucionaria y la drástica disminución de la actividad política de las masas producto de los largos años de guerra y privaciones, harían imposible el mantenimiento de la revolución con base únicamente en sus propias fuerzas.

Así lo comprendieron la mayoría de los dirigentes soviéticos en los primeros años de la revolución. Si el internacionalismo proletario y las condiciones concretas de la Revolución rusa hicieron que sus esfuerzos y esperanzas se volcasen en un pronto estallido de la revolución en, al menos, algunos países capitalistas avanzados. Alemania era, lógicamente,

el centro de su atención. El proletariado alemán era, sin duda, el más numeroso y mejor organizado de Europa. El Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) había sido durante los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX el modelo en el que se miraban y al que imitaban todos los socialdemócratas europeos; sus teóricos más destacados habían gozado de una inmensa autoridad entre los marxistas; su ala izquierda parecía capaz de arrancar a la gran masa de los trabajadores socialdemócratas de la influencia de los dirigentes oportunistas y reformistas. Pero a pesar de todo ello, el proletariado alemán no sólo fracasó en sus diversas tentativas de hacerse con el poder, sino que pronto perdió su predominio político en favor de la reacción nacional-socialista, fallo que pagó con la destrucción de sus organizaciones y la liquidación de la mayor parte de sus dirigentes, con el sufrimiento del terror político reaccionario, con la disminución de sus salarios reales y la intensificación de su explotación, y con esa horrenda masacre que fue la Segunda Guerra Mundial.

Las causas de este cambio radical en la situación están muy lejos de poder ser simplemente atribuidas a la fatalidad histórica: sus jalones más importantes se encuentran en una serie de errores políticos de los partidos obreros en una época en la que los acontecimientos se desarrollan con extraordinaria rapidez.

Enero de 1919 es la primera derrota seria, aunque no insuperable, de la revolución alemana. El esfuerzo de los espartakistas y los delegados revolucionarios no logra arrancar a la mayoría obrera, fuera de Berlín y algunos otros reductos, de la influencia de los socialdemócratas mayoritarios, que asumen abiertamente la tarea de proteger el sistema capitalista y su Estado, y se constituyen en jueces y verdugos de la revolución en clara connivencia con los sectores más reaccionarios de las clases dominantes alemanas. En 1921 la situación económica y política parece haberse estabilizado, al menos relativamente, en todo el Occidente capitalista. El momento de las convulsiones revolucionarias ha pasado y la lucha directa por el poder se aplaza por un periodo probablemente corto pero, en todo caso, todavía imprevisible. El Congreso de la Internacional Comunista aprueba un repliegue táctico en todos los frentes en la URSS, la implantación de la Nueva Política Económica; en los países capitalistas, la táctica de Frente Único Obrero, destinada a lograr la unidad de la clase obrera y a desbancar pacientemente la influencia reformista en su seno.

No obstante, esa nueva estabilidad relativa va a durar poco en Alemania. Durante el año 1922 el Gobierno alemán es incapaz de satisfacer las reparaciones que le han sido impuestas por el Tratado de Versalles, lo que sirve de excusa al Gobierno francés para ocupar con sus

tropas la zona del Ruhr. Este acontecimiento provoca una crisis inmediata que se manifiesta en una inflación incontrolable que arroja a la miseria y a la desesperación a amplias franjas de las clases medias y la pequeña burguesía, en un gran aumento del desempleo, en huelgas masivas en el Ruhr y otros centros industriales, en la pérdida general de confianza en el Gobierno y en una polarización de las opciones, que se traduce en el rápido crecimiento de los nazis y otros movimientos de ultraderecha, por un lado, y de los comunistas por otro. Pero en medio de la crisis, la dirección del Partido Comunista Alemán (KPD) vacila y deja escapar la oportunidad de dirigir al proletariado hacia la toma del poder. En 1924, el Gobierno, con la ayuda de los Estados Unidos, es capaz de estabilizar de nuevo la economía y su propia autoridad política. En las elecciones al Reichstag de mayo de 1924, el total de votos obtenidos por socialdemócratas y comunistas, que en 1919 había llegado hasta el 45 por 100, cae ahora a un 33 por 100. La influencia de los nazis, por otra parte, disminuye aún más drásticamente.

1925-1929 es el periodo de máxima estabilidad de la República de Weimar. En 1925 gana la presidencia el general monárquico Hindenburg, apoyado por una gran coalición de derechas, frente al candidato del Centro Católico, apoyado por los socialdemócratas, y al candidato comunista. El Partido Socialdemócrata sigue siendo el más fuerte de Alemania: el gobierno federal está en sus manos durante dos tercios de la duración de la República de Weimar, y en otras ocasiones tolera gobiernos distintos rehusando aprobar votos de desconfianza contra ellos. Desde 1920 hasta 1939 ocupa casi sin interrupción el gobierno de Prusia (que agrupa a casi dos tercios de la población del país, incluido Berlín). En 1928, tras cuatro años de ausencia, vuelve a ocupar el gobierno federal. En las elecciones que llevan a los socialdemócratas al gobierno, los comunistas consiguen aproximadamente menos de una tercera parte de los votos que el SPD y los nazis menos de la décima parte.

1928 es también el año en que la Internacional Comunista, ya completamente dominada y depurada por Stalin y sus seguidores, formula la política del «tercer periodo» (tras un primer periodo de crisis capitalista y levantamientos revolucionarios –1917-1924–, y un segundo de estabilidad capitalista, 1925-1928), en el que la crisis y las revoluciones están de nuevo a la orden del día. Las soluciones últimas a las que se ve obligada a recurrir la burguesía para salvar la crisis son el fascismo y la socialdemocracia, que no son polos opuestos, sino fundamentalmente «gemelos». A partir de aquí el enemigo principal es la socialdemocracia, que será calificada de «social-fascista». Según Thaelmann, «la dominación fascista ha sido ya establecida en Alemania por medio del gabinete de

coalición de Mueller» (nombre de su presidente, socialdemócrata). La escisión a fondo en el seno de la clase obrera está ya creada; los obreros comunistas y socialdemócratas se enfrentan entre sí, los sindicatos se escinden, etcétera.

La influencia del KPD crece en este periodo, a pesar de sus errores, pero su separación con respecto a la base del partido socialdemócrata es cada vez mayor. A finales de 1930, la Federación de Sindicatos dirigida por los socialdemócratas cuenta con más de cinco millones de afiliados, mientras que la Oposición Revolucionaria Sindical (RGO), dirigida por el KPD, apenas cuenta con 150.000 adherentes. En esta misma época, las Secciones de Asalto del NSDAP cuentan con unos 100.000 miembros.

Pronto va a abrirse una nueva crisis. La Gran Coalición en el gobierno no logra ponerse de acuerdo en cuanto a las medidas económicas a tomar, y el gabinete Mueller dimite en marzo de 1930. Hindenburg nombra canciller a Heinrich Bruening, del Partido del Centro, que forma Gobierno con otras fuerzas de la derecha. No logrando obtener la mayoría parlamentaria en el Reichstag, Bruening decide gobernar mediante el decreto de emergencia previsto en la Constitución de Weimar votada por los propios socialdemócratas. En este mismo año, las elecciones reflejan los resultados de la crisis y de la incapacidad de los partidos obreros para solucionarla: el total de votos conseguidos por socialdemócratas y comunistas desciende del 40,4 al 37,6 por 100 con relación a 1928, mientras que el obtenido por los nazis aumenta en un 700 por 100 con relación al mismo año. No obstante, tomados aisladamente, los votos de los comunistas aumentan en un 40 por 100, lo que sirve a la dirección del KPD para calificar las elecciones de «victoria de los comunistas» y de «principio del fin» para los nazis.

El KPD sigue considerando como su objetivo fundamental el combatir al SPD. Así, en 1931, comunistas y nazis votan conjuntamente contra el Gobierno socialdemócrata en el referéndum prusiano, que los primeros califican de «rojo» y los segundos de «pardo», aunque la victoria es para los socialdemócratas. Esta política de división no puede por menos que desorientar a la clase obrera en su conjunto y desprestigiar a los comunistas ante los ojos de los trabajadores socialdemócratas.

En 1932 la crisis económica empeora, alcanzándose la cifra de cinco millones de parados, y disminuyendo cada vez más los salarios y los subsidios de paro en términos reales. En marzo son convocadas nuevas elecciones presidenciales, en cuya primera vuelta los votos se reparten de la siguiente forma: 49,6 por 100 para Hindenburg, apoyado ahora como un «mal menor» por los socialdemócratas, 30,1 por 100 para Hitler; 13,2 por 100 para Thaelmann, y 6,8 por 100 para Duesterberg, líder de la

Stalhelm, organización de ultraderecha. No habiendo obtenido ninguno la mayoría absoluta, se convoca una segunda vuelta en la que Hindenburg obtiene el 53 por 100, Hitler el 36,8 por 100 y Thaelmann el 10,2 por 100, con la retirada de Duesterberg.

La fuerza electoral de los nazis se había doblado después de diecisiete meses. En abril, Bruening, que prefiere que los nazis no lleguen a ser demasiado fuertes, consigue de Hindenburg un decreto por el que se prohíben los ejércitos privados de aquéllos, las SA y las SS. Pero a finales de mayo, y tras una serie de intrigas encabezadas por el general Von Schleicher, Hindenburg exige la dimisión de Bruening y nombra canciller a Von Papen, que constituye un Gobierno «por encima de los partidos». Schleicher forma parte de este nuevo gabinete, que bajo su inspiración, levanta en junio la prohibición de las bandas armadas de los nazis y disuelve el Reichstag, convocando nuevas elecciones para el 31 de julio.

En la nueva campaña electoral, Von Papen prohíbe toda clase de desfiles y manifestaciones políticas durante las dos semanas que preceden a la votación. A pesar de ello, los nazis organizan una marcha escoltada por unidades de la policía en una zona obrera de Hamburgo que constituye una auténtica provocación a los obreros y termina con 19 muertos y 285 heridos. Este incidente es utilizado como pretexto por Von Papen para suspender los poderes del Gobierno prusiano, todavía socialdemócrata, al que acusa de no ser capaz de mantener «la ley y el orden», y tomarlos así en sus propias manos. Los trabajadores se disponen en todo el país para ir a la huelga general a la orden del SPD, pero éste capitula tras una breve protesta verbal que apenas dura unas pocas horas. El KPD llama a la huelga general, pero su «referéndum rojo» contra el mismo Gobierno que ahora quiere defender no ha sido olvidado, y el llamamiento es un fracaso. En las elecciones del 31 de julio al Reichstag, los nazis consiguen el 37,4 por 100 de los votos, situándose ya en primer lugar frente a los socialdemócratas, que consiguen un 21,6 por 100, y los comunistas, que logran el 14,6 por 100.

En septiembre, prácticamente la totalidad de los partidos apoyan en el Parlamento un voto de censura contra el Gobierno de Von Papen. En las elecciones de noviembre el número de votantes de los nazis disminuye, obteniendo de nuevo menos votos que el total de socialdemócratas y comunistas. Von Papen es sustituido en la Cancillería por Von Schleicher, que va a durar tan sólo cincuenta y siete días. El 30 de enero de 1933, Hindenburg, que había sido apoyado en las elecciones presidenciales por los socialdemócratas contra Hitler, nombra a éste nuevo canciller. Los dirigentes socialdemócratas, para quienes el nombramiento de Hitler es, a fin de cuentas, «constitucional», prohíben a sus afiliados toda clase de

protestas callejeras. Los del KPD hacen responsables a los socialdemócratas y llaman una vez más a la huelga general sin respuesta.

Los nazis, mientras tanto, no pierden el tiempo: llenan con sus seguidores el aparato policial y comienza el terror contra los partidos de la oposición, incluso los moderados, y disuelven el Reichstag convocando nuevas elecciones, que esta vez ya no serán libres (la prensa y los mítines del KPD, por ejemplo, han sido prohibidos, y sus dirigentes empiezan a llenar las cárceles o a tomar el camino del exilio o la clandestinidad).

En las elecciones de febrero de 1933, los nazis consiguen el 43,9 por 100 de los votos, frente al 18,3 por 100 del SPD, el 12,3 por 100 del KPD, y el 11,7 por 100 del centro, pero los diputados comunistas están huidos o en prisión, y en marzo Hitler obtiene poderes especiales del Reichstag por 441 votos contra 84, con el solo voto en contra de los socialdemócratas. Éstos pasan a apoyar la política exterior de Hitler e invitan a los trabajadores a desfilar en el «Día Nacional del Trabajo» organizado por Hitler. Al día siguiente, los dirigentes sindicales son enviados, a pesar de sus buenos oficios, a campos de concentración. La suerte está echada. El proletariado alemán ha sido entregado atado de pies y manos al fascismo. Pero esto no impide a los dirigentes socialdemócratas atribuir toda la responsabilidad a las «provocaciones» comunistas e izquierdistas, ni a los dirigentes del KPD proclamar que su línea política ha sido «completamente correcta antes y durante el golpe de Estado de Hitler», al que sólo auguran unas pocas semanas de vida, tras lo cual vendrá «el turno de los comunistas».

Los hechos hablan por sí solos, pero el análisis teórico es igualmente necesario, y constituye el objeto del trabajo de Ernest Mandel que tenemos la satisfacción de presentar.

Madrid, abril de 1976

I

La historia del fascismo es también la historia del análisis teórico del mismo. La aparición simultánea de un fenómeno social nuevo y de las tentativas efectuadas para comprenderlo es más sorprendente en el caso del fascismo que en cualquier otro ejemplo de la historia moderna.

Esta simultaneidad tiene sus orígenes en el hecho de que la súbita aparición de ese nuevo fenómeno parecía alterar el curso de la historia hacia el «progreso». El *shock* que experimentaron los observadores atentos del proceso fue todavía más fuerte en la medida en que esa sacudida de la historia vino acompañada del ejercicio directo de la violencia física sobre los individuos. Bruscamente, el destino histórico e individual de millares, y posteriormente de millones de seres humanos, se transformaron en una misma cosa. No sólo sucumbieron los partidos políticos sino que la existencia, la supervivencia física de importantes grupos humanos, se convirtió súbitamente en un problema.

Por todo esto, podemos entender por qué aquellos que se sentían directamente afectados se esforzaron casi inmediatamente por llegar a comprender la situación en la que se hallaban inmersos. De las cenizas de la primera «casa del pueblo» que incendiaron las bandas fascistas en Italia surgió inevitable la pregunta: ¿qué es el fascismo? Durante cuarenta años (hasta el periodo inmediato a la posguerra) esta pregunta fascinó simultáneamente a los principales teóricos del movimiento obrero y la intelectualidad burguesa. A pesar de que la presión de los acontecimientos históricos y del «pasado no aprehendido»[1] se ha relajado en alguna medida en los últimos años, la teoría del fascismo sigue constituyendo un tema obsesionante para la sociología y la ciencia política.

Para los que conocen hasta qué punto las pretendidas ciencias de la historia se encuentran determinadas socialmente, no resulta extraño constatar que las tentativas de interpretación de la mayor tragedia de la historia europea contemporánea contienen a menudo más ideología partidista que análisis científico[2]. Los hechos objetivos, indiscutibles de la realidad histórica contemporánea constituyen el material básico del análisis científico. Cada nueva generación de investigadores de las ciencias políticas y sociales hereda la mayor parte de los conceptos operativos mediante los que pueden organizar y reorganizar ese material básico. Esos conceptos sólo se renuevan parcialmente y puede considerárseles, asimismo, como adquiridos. Sin embargo, ni los

conceptos operativos ni el material determinan, en ningún caso, la forma en que esos instrumentos analíticos son aplicados al material, ni los resultados a los que conduce esa aplicación. Objetivamente, por ejemplo, a partir del concepto de «partido burocrático» creado por Robert Micheis o del de «intelectualidad flotante» inventado por Manheim, se puede avanzar en varias direcciones. Pero el tratamiento científico, generalmente no desarrolla todas las posibles vías al mismo tiempo, sino tan sólo una o alguna de ellas. Además, las principales orientaciones de la investigación científica sostienen generalmente concepciones políticas particulares que refuerzan la suficiencia de ciertas clases sociales y reducen, simultáneamente, en gran medida, su grado de vulnerabilidad política y moral frente a los ataques de las clases sociales que les son hostiles. En consecuencia, difícilmente podemos dudar del hecho de que nos hallemos en presencia de un proceso funcional, es decir, que la interpretación dominante de un acontecimiento histórico determinado cumple una función específica en los conflictos sociales en curso[3].

Por tanto nos parece evidente que difícilmente puede explicarse la aparición conjunta del fascismo y de su análisis teórico por el simple hecho de que la realidad empírica presionaba con urgencia en ese sentido. Los teóricos intentaron aprehender la esencia del fascismo no sólo por amor hacia la sociología o el saber científico en general, sino también porque partían de la hipótesis, perfectamente razonable y fácil de comprender, de que cuanto mejor comprendieran la naturaleza del fascismo, mejor podrían combatirlo.

Así, el crecimiento paralelo del fascismo y su análisis teórico implica necesariamente una cierta inconsecuencia. El fascismo pudo desarrollarse con rapidez durante veinte años porque su naturaleza real no había sido correctamente comprendida, porque sus adversarios carecían de una teoría científica del fenómeno, y porque la teoría dominante de la época era falsa o incompleta.

Es necesario hablar de inconsecuencia porque no pensamos que la victoria temporal del fascismo en Italia, en Alemania y en España sea el resultado de ciegas fuerzas del destino, inaccesibles a la acción de los hombres y las clases sociales, sino más bien el producto de las relaciones económicas, políticas e ideológicas entre las clases sociales del capitalismo tardío[4]* que pueden ser comprendidas, calibradas y dominadas. Partiendo de la hipótesis de que la victoria temporal del fascismo no era inevitable, ni estaba predeterminada, se deduce que una teoría correcta y esclarecedora de ese fenómeno habría facilitado enormemente la lucha contra él.

La historia del ascenso del fascismo es por tanto, al mismo tiempo, la

historia del carácter inadecuado de la teoría dominante del fascismo. Lo que no significa en absoluto que sólo existiese esa teoría. En la periferia de las fuerzas políticas organizadas con audiencia de masas se encontraba una inteligencia cuya precisión en el análisis no puede más que inspirarnos asombro y admiración. Esos teóricos comprendieron el nuevo fenómeno. Pronto supieron el peligro que representaba. Ellos alertaron a sus contemporáneos e indicaron cómo vencer al monstruo amenazador. Hicieron todo lo que era posible hacer en el terreno de la teoría.

Pero la teoría por sí misma no puede hacer historia; para obtener resultados necesita a las masas. Las burocracias que dirigían las organizaciones de masas de la clase obrera las mantuvieron alejadas de la teoría adecuada del fascismo, de la estrategia y la táctica eficaces para combatirlo. El precio que pagaron fue el de una derrota histórica y a menudo el del exterminio físico. El precio que la humanidad pagó fue incomparablemente mayor. Los 60 millones de muertos de la Segunda Guerra Mundial son tan sólo una parte del tributo pagado por la humanidad, ya que las consecuencias objetivas de la victoria del fascismo (especialmente en Alemania) existen todavía hoy, en más de un aspecto[5]4.

Sin embargo, nada sucede en vano en la historia; todo hecho histórico tiene, a largo plazo, resultados positivos. Si bien la teoría científica del fascismo no tuvo suficiente influencia de masas para detener la marcha triunfal de las bandas fascistas en los años treinta y a comienzos de los años cuarenta, hoy todavía resulta pertinente. Si sus enseñanzas son asimiladas, puede aclarar y explicar los nuevos fenómenos sociales de la posguerra y puede preparar a nuevos combates y evitar nuevas derrotas.

No es, por tanto, un azar que el renacimiento del marxismo creativo en Alemania Occidental (renacimiento estimulado sobre todo por la radicalización masiva de los estudiantes) haya despertado el interés por la teoría del fascismo.

Justo es, también, que el primer libro de las obras completas de León Trotsky que se publicó en Alemania Federal esté consagrado a sus escritos sobre el fascismo. Pues, entre el pequeño número de teóricos que comprendieron correctamente la esencia y la función del fascismo, Trotsky ocupa, indiscutiblemente, el primer lugar.

[1] El «pasado no aprehendido» está sin duda ligado al hecho de que en Alemania las relaciones sociales que hicieron posible la toma del poder por los fascistas todavía existen. Es imposible llegar a las fuentes de la barbarie fascista sin poner de relieve este lazo causal. En la medida en

que la dominación del capital alemán del oeste que se restableció es una dominación de clase, no puede esperarse que la enseñanza escolar o universitaria exponga sus raíces. Como el pasado no puede (o no quiere) ser explicado de manera exhaustiva, no puede ser «aprehendido».

[2] Las publicaciones más recientes en ese terreno son: el libro de Ernst Nolte que tiene más de 500 páginas, *Theorien über den Faschismus,* Colonia-Berlín, Kiepenheuer und Witsch, 1967; W. Abendroth, *Faschismus und Capitalismus,* Fráncfort, Europäische Verlagsanstalt, 1967; algunos textos de August Thalheimer, Otto Bauer, Herbert Marcuse, Arthur Rosenberg y Angelo Tasca sobre la naturaleza del fascismo: W. Z. Laqueur y G. L. Mosse, *International Fascism 1920-1945,* Nueva York, Harper and Row, Publishers, 1966.

[3] Sería muy interesante, por ejemplo, comparar las fases de auge y descenso de la popularidad de la «teoría del totalitarismo» en Occidente con el flujo y reflujo de la Guerra Fría: estaríamos sorprendidos de observar una clara correlación, no sólo a largo plazo, sino también en coyunturas muy cortas (como, por ejemplo, un periodo de intensificación coyuntural de la Guerra Fría que comprende desde la construcción del muro de Berlín a la crisis de Cuba en 1962). Las teorías opuestas de la «conciliación» *(convergence theories)* pueden ser sometidas a un análisis similar.

[4]* Traducido también, en ocasiones, como neocapitalismo. *[N. de la T.]*

[5]4 Las consecuencias, entre otras, que es necesario considerar para deducir este balance son, por ejemplo, los efectos que tuvo la toma del poder por Hitler sobre la estabilización de la dominación estalinista en la URSS y sobre los aspectos más extremos de la deformación burocrática que afectó a la estructura del Estado soviético; o los efectos a largo plazo que tuvo la interacción del fascismo y el estalinismo sobre el desarrollo del movimiento obrero de Alemania del Oeste y sobre las condiciones en las que la construcción del socialismo en Europa Oriental debió comenzar, y así otras muchas cosas.

II

La teoría del fascismo de Trotsky es el resultado del método marxista de análisis de la sociedad. Expresa de modo sorprendente la superioridad de este método y de los resultados de su aplicación en comparación con la plétora de teorías históricas y social-burguesas. Esta superioridad reside en primer lugar en el carácter «totalizador» del método marxista e implica dos aspectos: primero, la tentativa de englobar todos los aspectos de la actividad social según se relacionan y coordinan estructuralmente unos con otros. Segundo, el esfuerzo de identificar, en el interior de ese complejo integrado por relaciones en constante modificación, los elementos que lo determinan, es decir, separar los cambios que pueden ser integrados dentro de la estructura social existente de aquéllos que sólo pueden llevarse a efecto por medio de una explosión violenta de la misma.

Resulta sorprendente constatar la debilidad argumental con que la mayor parte de los teóricos burgueses se aproximan a la cuestión de saber qué nivel, si el político o el económico, era preeminente; cuestión que, por otra parte, juega un importante papel en el debate sobre la teoría del fascismo. Provistos de una penosa pedantería intentan interpretar esta o aquella acción del régimen hitleriano preguntándose cosas como: «¿Era ese el interés del gran capital?», «¿Era contrario a los deseos explícitos de los capitalistas?». Nunca se preguntan la cuestión fundamental: ¿el régimen fascista, niega o verifica las leyes inmanentes que rigen el desarrollo del modo de producción capitalista?[1].

La gran mayoría de la burguesía americana puso el grito en el cielo con motivo del New Deal de Roosevelt, e incluso el Fair Deal de Truman provocó indignadas protestas contra el «socialismo rampante»[2]*, sin embargo, ningún observador objetivo del desarrollo económico y social de América durante los últimos treinta y cinco años negaría hoy que la acumulación de capital dio más bien un salto hacia delante que hacia atrás durante este periodo, que las grandes sociedades americanas son ahora incomparablemente más ricas y poderosas que en los años veinte, y que la voluntad de otras clases sociales (en particular la clase obrera industrial) de poner fin de inmediato, política y socialmente, a la dominación de esas sociedades es hoy más débil que durante e inmediatamente después de la Gran Depresión. De todo esto se deduce la conclusión inevitable de que Roosevelt y Truman consolidaron la dominación de clase de la burguesía americana. Ante este hecho

innegable, el calificar a Roosevelt y Truman de «hombres de Estado anticapitalistas» no refleja el resultado real neto de sus acciones; más aún, revela una incapacidad manifiesta para juzgar a los partidos y a los Gobiernos por lo que realmente *hacen* en vez de por lo que ellos u otros *dicen*.

En la apreciación del fascismo es necesario aplicar un método parecido. Que Krupp o Thyssen considerasen tal o cual aspecto de la dominación hitleriana con entusiasmo, reserva o antipatía, no nos parece esencial. En cambio, sí es esencial determinar si la dictadura de Hitler tendía a mantener o a destruir, si consolidaba o minaba las instituciones sociales basadas en la propiedad privada de los medios de producción y en el sometimiento de los trabajadores obligados, bajo la dominación del capital, a vender su fuerza de trabajo. Con respecto a esto, el balance histórico nos parece evidente. Más tarde volveremos sobre este punto.

El método que distingue diferentes periodos de la dominación hitleriana, oponiendo el «fascismo parcial», cuya característica principal es que el gran capital ejerce directamente su poder sobre una importante área, al «fascismo total»[3]2 nos parece igualmente pobre. Un método semejante presupone no sólo la total autonomía de la dirección política sino también, y sobre todo, la autonomía de la economía de guerra con respecto a los intereses de las clases sociales. En efecto, cada intervención del Gobierno de Hitler en la esfera económica en la que el poder estaba en manos de las grandes sociedades, puede, en última instancia, reducirse a la lógica interna de la economía de guerra[4]3.

Nadie ha podido demostrar jamás esta autonomía absoluta de las capas sociales dirigentes, y es indemostrable. La guerra y la economía de guerra no cayeron del cielo ni eran consecuencia natural de la ideología fascista. Ambas se hallan enraizadas en el mecanismo, preciso y específico, de las contradicciones económicas, de los conflictos imperialistas y de las tendencias expansionistas que corresponden a los intereses de los grupos capital-monopolistas que dominaban la sociedad burguesa alemana. Es más, la Primera Guerra Mundial tuvo lugar, después de todo, antes de Hitler y, tras la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos conocieron un estado permanente de rearme[5]4. Las raíces de la economía de guerra alemana se encuentran profundamente enterradas en el periodo prehitleriano[6]5. En consecuencia, la economía de guerra y sus leyes de hierro no deben considerarse como algo opuesto al capitalismo monopolista, sino más bien como producto de ese capitalismo monopolista. Y cuando la economía de guerra, en su último periodo de desarrollo, comenzó a tomar formas que, tanto desde el punto de vista del conjunto de la clase capitalista como del de los capitalistas individuales,

eran extremadamente irracionales, estas formas irracionales no eran imputables sólo al régimen nazi.

Se limitaba a expresar, de una forma más agudizada, la irracionalidad inherente al modo de producción capitalista –la combinación, llevada al extremo entre la planificación por una parte, y la anarquía por otra, entre la socialización objetiva y la apropiación privada– y la intensificación llevada al absurdo de la reificación de las relaciones sociales. Estas formas contienen, además, un núcleo muy real y racional[7]6.

Al tiempo que es incapaz de aprehender la esencia del fascismo aislando un elemento particular –la autonomía de la dirección política o la «primacía de lo político»–, la ideología burguesa demuestra su debilidad en su incapacidad de integrar ciertas particularidades históricas del fascismo en una concepción total de la sociedad. Para comprender la aparición del fascismo, Ernst Nolte asigna un gran valor al concepto de «no-simultaneidad» de la historia, que fue desarrollado con anterioridad por Ernst Bloch, es decir, la supervivencia de viejas formas históricas en la sociedad contemporánea (este concepto fue también desarrollado, al menos de forma rudimentaria por Labriola y Trotsky antes o independientemente de Bloch)[8]7. Es cierto que las ideologías de periodos históricos anteriores, precapitalistas, corporativos *(guild)* y semifeudales juegan un papel no desdeñable en la ideología del fascismo y en la psicología de masas de la pequeña burguesía desclasada que constituye la base social de los movimientos fascistas de masas. Sin embargo, es claro que Nolte perpetúa una interpretación falsa cuando escribe:

> Si él (el fascismo) es una expresión de «tendencias militaristas y arcaicas», hunde sus raíces en algo único e irreductible, en la naturaleza humana. No es fruto del sistema capitalista, aunque en esa época no podía surgir más que de los fundamentos del sistema capitalista, particularmente en los momentos en que ese sistema se encuentra en peligro[9]8.

La única conclusión que puede deducirse de la primera frase se encuentra resumida en el lugar común de que si no hubiese «tendencias agresivas» en la naturaleza humana, no habría acciones agresivas: no hay agresiones sin agresividad, o, como lo expresó el inmortal Molière: «El opio duerme a los hombres porque posee propiedades adormecedoras». Nolte no parece darse cuenta de que con eso, no prueba de ninguna manera la segunda frase. Para ello sería necesario que demostrase que en los «buenos viejos tiempos», las tendencias «militaristas y arcaicas» hubiesen podido producir formas de gobierno fascistas o fascistizantes

(fascistilike). Desgraciadamente, en esa época, esas «tendencias» condujeron a las guerras de conquista de los mercaderes de esclavos, a las razias de los pueblos pastoriles en las tierras de los cultivadores, a las guerras de cruzadas, cosas todas ellas que tienen tanto que ver con las características principales del fascismo como una ciudad romana o una aldea medieval con una fábrica moderna. En consecuencia, el carácter específico del fascismo no reside en el hecho de que exprese «la agresividad enraizada en la naturaleza humana» –pues esto se ha manifestado a través de innumerables movimientos históricos diferentes–, sino más bien en el hecho de que sobre esta agresividad encaja una forma particular, social, política y militar que jamás antes había existido. Consecuentemente, el fascismo es un producto del capitalismo monopolista e imperialista. Todas las demás tentativas de interpretación del fascismo en términos puramente psicológicos conllevan la misma debilidad fundamental.

El intento de comprender el fascismo como producto de las características particulares de ciertos pueblos o razas o de un pasado histórico particular no es metodológicamente válido. Se pasa de la psicología individual a la nacional sin explicar los factores que, en sentido general, permitieron la aparición del fascismo.

Ni el retraso histórico de Italia, ni la tradición militar prusiana de Alemania, ni la «necesidad de disciplina» o el «miedo a la libertad» pueden explicar de forma adecuada el auge y la brusca caída del fascismo entre 1920 y 1945. Estos argumentos son, por otra parte, muy a menudo contradictorios: mientras Italia se encontraba relativamente retrasada, Alemania era la nación más industrializada del continente europeo. Si «la inclinación a la disciplina» era uno de los rasgos dominantes del «carácter nacional alemán» (cuyo origen se encuentra en la tardía abolición de la servidumbre en Prusia), ¿qué decir entonces de Italia, que se contaba entre las naciones más «indisciplinadas» de Europa y carecía totalmente de tradición militar? En tanto que causas y factores secundarios, esos elementos jugaron, sin duda, un papel importante, y confirieron al fascismo en cada caso particular un carácter nacional específico que correspondía a las particularidades históricas del capitalismo monopolista y de la pequeña burguesía en cada uno de los países. Sin embargo, en la medida en que el fascismo se comprende como un fenómeno universal que no conoce fronteras geográficas y ha hundido su raíces en *todos* los países imperialistas –en los que puede producirse de nuevo– las tentativas de explicarlo resaltando esta o aquella particularidad nacional son absolutamente inadecuadas[10]9. La publicación de las transcripciones y *dossiers* del proceso de Núremberg revitalizaron especialmente los estudios

detallados en los que se analiza a los diferentes grupos de interés y sectores del gran capital que se combatían mutuamente como «portadores» particulares del fascismo. La mayoría de esos documentos confirmaron lo que ya se sabía por intuición o deducción teórica, a saber, que la industria pesada se interesaba mucho más en la toma del poder por Hitler y en el rearme que la industria ligera, que la «arianización» del capital judío no jugó ningún papel importante en la economía alemana[11]10, que el trust I. G. Farben tuvo un papel particularmente agresivo e importante en una serie de decisiones económicas y financieras del régimen hitleriano, etc.[12]11. Sin embargo, no es realmente necesario sumergirse en una masa de documentos para ver que, en la situación particular del capitalismo alemán de 1934, los comerciantes de cañones, tanques y explosivos obtenían más beneficios del rearme que los fabricantes de ropa interior, juguetes y navajas. A pesar de ello, Nolte comete un error típico cuando declara:

> […] pero cuando (Otto Bauer) distingue diferentes sectores de la clase capitalista con intereses esencialmente (?) antagónicos (es decir la industria de bienes de consumo dependiente de las exportaciones, o la clase pacifista de los rentistas, opuestos a la industria pesada que, por su parte, se interesa por los beneficios extraídos del armamento), la distinción tradicional y vulgar entre clase dirigente y casta gobernante carece de utilidad y, en consecuencia, todo lo que puede afirmarse del fascismo en tanto que órgano ejecutivo del capital «como tal», pierde todo fundamento. La unidad económica construida así de forma teórica se disuelve en la multiplicidad de sus elementos históricos, y la única cuestión pertinente es la de saber cuáles son los presupuestos a partir de los que esta multiplicidad aparece como unidad, y en qué medida esta unidad puede perder la posición dominante que fue, en muchos aspectos, obvia en todos los Estados europeos durante ciento cincuenta años, pero que no fue nunca ilimitada[13]12.

Toda la discusión gira en torno a la palabra «esencialmente», y puede clarificarse tan sólo mediante un análisis de las principales características del modo de producción capitalista.

Ni el modo en que se lleva a cabo la política extranjera ni la posibilidad de hablar y escribir libremente sobre cuestiones políticas o de confiar el gobierno a representantes elegidos directamente por la clase dominante son «esenciales» a ese modo de producción o a su clase dominante. Todo ello ha existido en ciertas épocas de la historia de la burguesía y no en otras o, al menos, no en el mismo grado. Lo que es

realmente esencial, es la propiedad privada y la posibilidad de acumular capital y extraer plusvalía.

Con respecto a esto las estadísticas hablan solas. El beneficio de todas las empresas industriales y comerciales pasó de 6,6 millares de marcos en 1933 a 15 millares de marcos en 1938, pero mientras las ventas de las fábricas textiles de Bremen se estancaban y las de AEG (Allgemeine Elektrizität Gesellschaft) no progresaban más que un 55 por 100, las de las fábricas de cañones Krupp y Mannesmann se triplicaban, las de Phillipp Hollzmann y Cía. multiplicaban sus cifras por seis y las de la Fábrica Alemana de Armas y Municiones por diez[14]13. El interés económico colectivo de los capitalistas (que está lejos de ser una mera construcción intelectual) aparece claramente en estas cifras. Al mismo tiempo, en el interior de ese cuadro de interés colectivo, surgen intereses específicos que se afirman con insistencia. Y la ley según la cual la propiedad privada capitalista proviene y se desarrolla a partir de la expropiación de numerosos pequeños empresarios y algunos grandes empresarios no se escribió en tiempos de Hitler, sino que se encontraba enraizada en la historia de ese modo de producción.

Las debilidades metodológicas de todas esas aproximaciones llevadas a cabo por las teorías burguesas del fascismo son evidentes. Como no comprenden las estructuras sociales y los modos de producción, los ideólogos burgueses son incapaces de comprender la unidad dialéctica de los elementos contradictorios de la realidad del fascismo y de identificar los factores que determinan a la vez la integración y desintegración (el auge y la caída) que se deduce de esos elementos en una totalidad coherente.

La superioridad metodológica del marxismo reside en su capacidad de integrar con éxito elementos analíticos contradictorios que reflejan una realidad social contradictoria. Sin embargo, la adhesión al marxismo no ofrece ninguna garantía de semejante éxito en el análisis, y en este libro veremos, desgraciadamente, más de un ejemplo de ello. A pesar de ello, la contribución de Trotsky a la teoría del fascismo demuestra claramente que el marxismo posibilita un análisis correcto.

[1] Véase, por ejemplo, la discusión entre Tim Mason y Eberhard Czichon en *Das Argument,* números 41 y 47, diciembre de 1966 y julio de 1968. Desgraciadamente los marxistas mecanicistas cometen errores semejantes. Más tarde veremos esto con detalle.

[2]* «Creeping socialism», esto es, socialismo rampante o rastrero, pues el término nace de parafrasear la expresión «creeping inflation»,

inflación rampante. *[N. de la T.]*

[3]2 Cfr. A. Schweitzer, *Big Business in the Third Reich,* Bloomington, Indiana University Press, 1964. T. Mason utiliza el mismo concepto que fue enérgicamente rechazado por E. Czichon, D. Eicholz y K. Gossweiler entre otros. En *Hitler Social Revolution,* de D. Schoenbaum, Londres, Ewindenfeld y Nicholson, 1966, tenemos un ejemplo típico de una tentativa burguesa de explicar el Estado nazi como una simple estructura de poder político a la que la economía, «hecha impotente», estaba completamente subordinada.

[4]3 Cfr. con respecto a esto, F. Neumann, *Behemoth: The structure and practice of national socialism, 1933-1944,* Nueva York, Ferrar, Straus Giroux Inc., 1963.

[5]4 El último capítulo de *La acumulación del capital,* Rosa Luxemburgo (Nueva York, Monthly Review Press, 1964) proporciona un típico ejemplo de estudio preliminar de las raíces económicas del militarismo en la época del imperialismo. Para estudios más recientes, especialmente del imperialismo alemán y americano, cfr., entre otros, F. J. Cook, «Juggernaut, the Warfare State», *The Nation,* 20 de octubre de 1961; P. Baran y P. Sweezy, *Monopoly Capital,* Nueva York, Monthly Review Press, 1966, cap. 7; G. F. W. Hallgarten, *Hitler, Reichswerh und Industrie,* Fráncfort, Europaeische Verlagsanstalt, 1965; también H. Magdoff, *The Age of Imperialism,* Nueva York, Monthly Review Press, 1969.

[6]5 Cfr., entre otros, W. Birkenfeld, *Geschichte der deutschen Wehr und Ruestungswirtschaft,* Boppard am Rhein, Harald Boldt Verlag, 1966, en particular una circular del general Thomas.

[7]6 Hemos utilizado el concepto de «reproducción reducida» *(contracted reproduction)* para describir la creciente desacumulación (destrucción del capital) que conlleva una economía de guerra, una vez que ha llegado a un cierto límite. Cfr. E. Mandel, *Marxist Economic Theory,* Nueva York, Monthly Review Press, 1968, cap. 10.

Los ejemplos que aportan Gran Bretaña y, sobre todo Japón muestran que este fenómeno no es en ningún caso propio sólo de los Estados fascistas. El núcleo «nacional» de esta irracionalidad se encuentra en el hecho de que las guerras imperialistas –como todas las otras– se llevan a cabo con la intención de ganarlas y, en cierta medida, es muy comprensible que las pérdidas de capital sean más que compensadas a expensas del vencido.

[8]7 E. Nolte, *op. cit.*, pp. 38, 54, etc.: L. Trotsky, «What is National-Socialism», *The Struggle Against Fascism in Germany,* Nueva York, Pathfinder

Press Inc., 1971.

[9]8 E. Nolte, *op. cit.*, p. 21.

[10]9 Cfr. las tentativas de R. Remond, *La Droite en France de 1815 a nos jours,* París, Aubiet, 1963, y J. Plumène y R. Lasierra, *Les fascismes français 1923-1963,* París, Seuil, 1963, que defienden este punto de vista para Francia. E. Weber, *op. cit.,* defiende una tesis parecida, pp. 105, 123, etc. Desde 1928, Daniel Guérin distinguía las características fundamentales que compartían los fascismos alemán e italiano, a pesar de las particularidades nacionales (*Fascism and Big Busmess,* Nueva York, Pioneer Publishers, 1939).

[11]10 Los escasos cambios ocurridos en las relaciones de propiedad bajo el III Reich tras la toma del poder y la introducción gradual de medidas antisemitas prueba ampliamente que el «gran capital judío» no era más que una leyenda. Lo mismo ocurre en USA actualmente. Cfr. entre otros, F. Lundberg, *The Richand the Super Rich,* Nueva York, Lyle Stuart, 1968, pp. 207-306.

[12]11 Con respecto a esto, las primeras teorías marxistas son las de O. Bauer, *Zwischen zwei Weltkriegen?,* Bratislava, Eugen Prager Verlag, 1936, p. 136 y D. Guérin, *op. cit.*, pp. 27-53.

[13]12 E. Nolte, *op. cit.*, p. 54.

[14]13 C. Bettelheim, *L'économie allemande sous le nazisme,* París, Rivière, 1946, p. 212.

III

La teoría del fascismo de Trotsky forma un todo compuesto de seis elementos; cada elemento posee una cierta autonomía y experimenta una evolución determinada por el desarrollo de sus contradicciones internas; pero estos elementos no pueden comprenderse más que como totalidad cerrada y dinámica, y sólo su interdependencia puede explicar el auge, la victoria y el declive de la dictadura fascista.

a) El auge del fascismo es la expresión de una grave crisis social del capitalismo maduro, de una crisis estructural que como en los años 1929-1933 puede coincidir con una crisis económica clásica de superproducción, pero que rebasa ampliamente semejantes oscilaciones de la coyuntura. Se trata, fundamentalmente, de una crisis de reproducción del capital, es decir, de la imposibilidad de proseguir una acumulación «natural» de capital, dada la concurrencia a nivel de mercado mundial (nivel existente de salarios y de productividad del trabajo, acceso a las materias primas y a los mercados de productos transformados). La función histórica de la toma del poder por los fascistas consiste en modificar por la fuerza y la violencia las condiciones de reproducción del capital en favor de los grupos decisivos del capital monopolista.

b) En las condiciones actuales del imperialismo y de desarrollo del movimiento obrero contemporáneo, la dominación política de la burguesía se ejerce más ventajosamente –es decir, con los costos más reducidos– en el seno de la democracia burguesa que ofrece, entre otras, la doble ventaja de suavizar periódicamente las contradicciones explosivas de la sociedad mediante ciertas reformas sociales y de hacer participar, directa o indirectamente, a un sector importante de la burguesía en el ejercicio del poder político (a través de los partidos burgueses, los periódicos, las universidades, las organizaciones patronales, las administraciones municipales y regionales, los altos cargos del aparato del Estado, el sistema de la Banca Central). Esta forma de dominación de la gran burguesía –en ningún caso única, desde un punto de vista histórico[1]– depende, no obstante, del mantenimiento de un equilibrio altamente precario de las relaciones de fuerzas económicas y sociales. Cuando este equilibrio se ve destruido por el desarrollo objetivo, la gran burguesía tiene tan sólo una salida: intentar, a costa de la renuncia al ejercicio directo del poder político, poner en pie una forma

superior de centralización del poder ejecutivo para realizar sus intereses históricos. Históricamente, por tanto, el fascismo es al tiempo la realización y la negación de las tendencias inherentes al capital monopolista, advertidas en primer lugar por Hilferding, a «organizar» de forma «totalitaria» la vida de toda la sociedad en su propio interés[2]: realización, porque, a fin de cuentas, el fascismo cumplió esta función; negación, porque contrariamente a las ideas de Hilferding, sólo podía cubrirla mediante una profunda expropiación política de la burguesía[3].

c) En las condiciones actuales del capitalismo industrial monopolista, una centralización tan enorme del poder del Estado, que implica, además, la destrucción de la mayor parte de las conquistas del movimiento obrero contemporáneo (en particular, de todos los «gérmenes de democracia proletaria en el marco de la democracia burguesa», designación que Trotsky daba muy justamente a las organizaciones del movimiento obrero), es prácticamente irrealizable por medios puramente técnicos, considerando la enorme desproporción numérica entre asalariados y detentadores del gran capital. Una dictadura militar o un Estado meramente policial –por no hablar de la monarquía absoluta– no dispone de medios suficientes para atomizar, descorazonar y desmoralizar, durante un largo periodo, a una clase social consciente de varios millones de individuos y prevenir así todo relanzamiento de la lucha de clases más elemental, relanzamiento que se produce periódicamente por el simple juego de las leyes del mercado. Por esta razón, es necesario un movimiento de masas que movilice un gran número de individuos. Sólo un movimiento semejante puede diezmar y desmoralizar a la franja más consciente del proletariado, mediante un sistemático terror de masas, mediante una guerra de hostigamiento y de combates en la calle y, tras la toma del poder, dejarlo no sólo atomizado, como consecuencia de la destrucción total de sus organizaciones de masa, sino también desalentado y resignado. Ese movimiento de masas es capaz de conseguir por su propios métodos, adaptados a las exigencias de la psicología de masas, que un aparato gigantesco de guardianes de edificios, policías, células del NSBO[4] y simples soplones someta a los trabajadores políticamente conscientes a una vigilancia permanente y, lo que es más, influir ideológicamente y reintegrar parcialmente tras una política efectiva de colaboración de clases a la parte menos consciente de los trabajadores y, sobre todo, de los empleados.

d) Un movimiento semejante sólo puede surgir en el seno de la tercera clase de la sociedad, la pequeña burguesía que, en la sociedad capitalista, existe al lado del proletariado y de la burguesía cuando la pequeña burguesía se ve tan duramente afectada por la crisis estructural del

capitalismo maduro y se sumerge en la desesperación (inflación, quiebra de los pequeños empresarios, paro masivo de los licenciados técnicos, empleados superiores, etc.) entonces, al menos en una parte de esta clase, surge un movimiento típicamente pequeño-burgués, mezcla de reminiscencias ideológicas y de resentimiento psicológico, que alía a un nacionalismo extremo y a una violenta demagogia anticapitalista[5], al menos verbal, una profunda hostilidad con respecto al movimiento obrero organizado («ni marxismo, ni comunismo»). En cuanto este movimiento, que se recluta especialmente entre los elementos desclasados de la pequeña burguesía, recurre a la violencia física abierta contra los trabajadores, sus acciones y sus organizaciones, ha nacido un movimiento fascista. Tras una fase de desarrollo independiente que le permite convertirse en un movimiento de masas e iniciar acciones de masas, necesita el apoyo financiero y político de importantes fracciones del capital monopolista, para llegar a la toma del poder.

e) La diezmación y el aplastamiento previos del proletariado, indispensables para el cumplimiento del papel histórico de la dictadura fascista, no son posibles más que si en el periodo anterior a la toma del poder, el fiel de la balanza se inclina de forma decisiva en favor de las bandas fascistas y en perjuicio del proletariado[6].

El auge de un movimiento fascista de masas constituye una especie de institucionalización de la guerra civil en la que, no obstante, ambas partes tienen objetivamente una oportunidad de vencer (ésta es la razón por la que la gran burguesía sólo financia experiencias semejantes en condiciones muy particulares, «anormales», ya que esta política de «todo o nada» presenta indudablemente al principio una serie de riesgos). Si los fascistas logran barrer a su enemigo, es decir a la clase obrera organizada, paralizarla, desalentarla y desmoralizarla, la victoria les está asegurada. Pero si, por el contrario, el movimiento obrero consigue rechazar el asalto y tomar la iniciativa, el resultado será una derrota decisiva no sólo del fascismo sino también del capitalismo que lo engendró. Esto se debe a razones de orden técnico-políticas, socio-políticas y socio-psicológicas. En un principio, las bandas fascistas sólo organizan a la fracción más decidida y más desesperada de la pequeña burguesía (su fracción «enloquecida»). La masa de la pequeña burguesía y la parte poco consciente y desorganizada de los trabajadores y, sobre todo, los obreros y empleados jóvenes, oscilará normalmente entre los dos campos. Su tendencia será la de alinearse del lado de aquél que manifieste mayor audacia y espíritu de iniciativa; apostarán de buena gana por el caballo ganador. Esto es lo que permite afirmar que la victoria del fascismo traduce la incapacidad del movimiento obrero para resolver la crisis del

capitalismo maduro de acuerdo con sus propios intereses y objetivos. De hecho las crisis de ese tipo proporcionan al movimiento obrero la oportunidad de vencer. Sólo cuando el proletariado ha dejado escapar esa oportunidad y se encuentra sometido, dividido y desmoralizado, el conflicto puede conducir a la victoria del fascismo.

O si el fascismo consigue «aplastar al movimiento obrero bajo su talón de hierro, entonces ha cumplido su misión a los ojos de los representantes del capital monopolista. Su movimiento de masas se burocratiza y se funde en el aparato del Estado burgués, lo que no puede producirse más que cuando las formas más extremistas de la demagogia plebeya pequeño-burguesa, que formaban parte de los «objetivos del movimiento», han desaparecido de la superficie y de la ideología oficial[7]. Esto no contradice en absoluto la perpetuación de un aparato de Estado altamente centralizado. Si el movimiento obrero ha sido vencido y las condiciones de reproducción del capital en el interior del país se han modificado en un sentido que resulta fundamentalmente favorable para la gran burguesía, su interés político se confunde con la necesidad de un cambio idéntico a nivel del mercado mundial. La bancarrota amenazante del Estado actúa en la misma dirección. La política del «todo o nada» del fascismo se traslada a la esfera financiera, no deja más salida que la aventura militar en el exterior. Una evolución como ésta no favorece en absoluto un refuerzo del papel de la pequeña burguesía en la economía y la política interior; provoca, por el contrario, un deterioro de sus posiciones (con excepción de la franja que se alimenta de las prebendas del aparato de Estado autonomizado). No significa el final de la «sujeción a los prestamistas» sino, por el contrario, la aceleración de la concentración de capital. Aquí se revela el carácter de clase de la dictadura fascista, que no se corresponde con el movimiento fascista de masas. Defiende los intereses históricos del capital monopolista, no los de la pequeña burguesía. Cuando esta tendencia se ha realizado, la base activa y consciente de masas del fascismo disminuye necesariamente. La dictadura fascista tiende por sí misma a reducir y destruir su propia base de masas. Las bandas fascistas se convierten en apéndices de la policía. En su fase de declive, el fascismo se transforma de nuevo en una forma particular de bonapartismo[8].

Éstos son los elementos constitutivos de la teoría del fascismo de Trotsky. Se apoya sobre un análisis de las condiciones específicas en las que se desarrolla la lucha de clases, en los países altamente industrializados, durante la crisis estructural del capitalismo maduro (Trotsky habla de la «época de declive del capitalismo»), y sobre una combinación particular –característica del marxismo de Trotsky– de los

factores objetivos y subjetivos en la teoría de la lucha de clases, así como en la tentativa de influir prácticamente sobre ella.

[1] La amnesia total de que hacen gala los ideólogos burgueses a propósito de la reciente historia de la sociedad burguesa es particularmente chocante. Durante los dos siglos que han transcurrido desde la primera revolución industrial las formas de Estado en Europa Occidental han variado entre monarquía aristocrática, cesarismo plebiscitario, parlamentarismo conservador liberal (donde el 10 por 100 –e incluso a veces menos del 5 por 100– de la población tenía derecho de voto), autocracia abierta, según el país del que estudien la historia política. Salvo un breve periodo de la Revolución francesa, la democracia parlamentaria fundada en el sufragio universal fue, en casi todas partes, un producto, no de la burguesía liberal, sino de las luchas del movimiento obrero.

[2] «Poder económico significa a la vez poder político. La dominación sobre la economía proporciona así las riendas del instrumento del poder del Estado. Cuanto mayor es el grado de concentración en la esfera económica, menor es el límite de la dominación del Estado. Esta integración sistemática de todos los instrumentos del poder del Estado aparece como la forma suprema del poder del Estado, el Estado en tanto que instrumento inquebrantable del mantenimiento de la dominación económica […] En su forma más acabada, el capital financiero es la forma suprema del poder económico y político detentado por la oligarquía capitalista. Remata la dictadura de los «magnates capitalistas». R. Hilferding, *Das Finanzkapital* [1909], Viena, Verlag der Weiner Volksbuchhandlung, 1923, p. 476.

[3] Así es como Hilferding, a la víspera de su trágica muerte, llegó a la conclusión de que la Alemania nazi no era ya una sociedad capitalista y que el poder se encontraba en las manos de una burocracia totalitaria. Este error es contemporáneo de la tesis de Burnham, *L'ère des managers (The Managerial Era)*.

[4] NSBO: Nationalsozialistische Betriebsorganisation, organización del partido nazi (NSDAP) en las empresas.

[5] No obstante, se trata siempre de una forma *particular* de demagogia que ataca solamente ciertas formas *particulares* del capitalismo («sometimiento a los prestamistas», grandes almacenes, etc.). La propiedad privada en cuanto tal y la dominación del patrón en las empresas nunca son puestas en cuestión.

[6] Si no es éste el caso y si los trabajadores conservan su capacidad y

voluntad de combate, la toma del poder por los fascistas puede convertirse entonces en el preludio de un poderoso ascenso revolucionario.

[7] Cfr., entre otros, Guérin, *op. cit.,* pp. 141-168.

[8] La distinción entre fascismo y bonapartismo se discutirá más adelante.

IV

¿Cómo soporta la teoría trotskista del fascismo la comparación con otras teorías de distintas corrientes del movimiento obrero? ¿Qué rasgos específicos aparecen cuando se compara la teoría de Trotsky con otros estudios sobre el fascismo con la ayuda del método marxista?

Lo que resulta más chocante en los autores socialdemócratas es el pragmatismo, el tono apologético que utilizan en sus análisis: la teoría debe justificar una práctica archioportunista y explicar su fracaso por «culpa de nuestros oponentes». En esa época, el oportunismo no había roto todavía el cordón umbilical que lo unía al marxismo vulgar, fatalista y objetivista de Kautsky. Si no se invoca la «culpa de nuestros oponentes», se deplora el peso de las condiciones objetivas; la «correlación de fuerzas» no permitía mejores resultados. El hecho de que a través de la acción pueda transformarse la correlación de fuerzas –en concreto, el hecho de que con la pasividad propia se modifica la relación de fuerzas en favor del enemigo de clase– no fue nunca asimilado por esta escuela. El contenido esencial de esas teorías aparece claramente en la tesis que afirma que la agitación radical de los «bolcheviques» proporcionó la ocasión, o al menos una excusa al fascismo para movilizar a las capas asustadas y conservadoras de la población: el fascismo es el castigo que inflinge la gran burguesía al proletariado por su agitación comunista. «Si no queréis asustar a la pequeña burguesía y molestar a los grandes capitalistas, sed moderados.» La sabiduría liberal de la «vía dorada»[1] olvida completamente que es precisamente el fracaso del parlamentarismo burgués «moderado», rutinario y enfrentado a la intensificación de la crisis estructural del neocapitalismo, el que arroja a la pequeña burguesía desesperada en brazos del fascismo. La manera de impedir esto es proponer una alternativa susceptible de éxito, que emerja de la actividad militante cotidiana. Si no se avanza esta alternativa y si la pequeña burguesía depauperada y desclasada se encuentra ante la elección entre un parlamentarismo impotente y un fascismo en pleno auge, elegirá sin duda este último. Y son, precisamente, la «moderación», el comedimiento y el temor de la clase obrera los que reforzarán en las masas el sentimiento de que el fascismo será el vencedor.

La debilidad de la teoría socialdemócrata del fascismo se reveló especialmente en la tesis de «aferrarse a la legalidad a cualquier precio». Esta tesis proviene de la falsa convicción según la cual cuando los fascistas abandonan la esfera de la legalidad, las organizaciones de los

trabajadores deben contentarse con actuar estrictamente en esa esfera. Este particular punto de vista olvida el hecho de que la legalidad y el Estado no son reificaciones de conceptos abstractos, sino expresiones de clases e intereses sociales concretos. La «legalidad» y el «Estado» eran, en última instancia, los jueces, coroneles y comandantes cuyos vínculos con sus «camaradas» del Stahlhelm y las SS eran múltiples, y que hostigaban y combatían al movimiento obrero organizado tanto como las bandas fascistas, aunque lo hiciesen de una forma un poco más «civilizada». Quererlos utilizar como defensa contra las bandas suponía de hecho enfrentarse a ellas con las manos desnudas.

El hecho de aislar en el análisis los factores «crisis económica» y «paro masivo» constituye un elemento importante en la teoría del fascismo de los socialdemócratas: si no hubiera crisis económica, desaparecería el peligro del fascismo. Con ello, olvidan que la crisis estructural es más importante que la coyuntural, y, mientras la primera se mantenga, las mejoras que sufra la segunda no pueden en ningún caso cambiar fundamentalmente la situación. Esto, los socialdemócratas belgas Spaak y De Mann lo aprendieron por experiencia propia ya que, concentrando todos sus esfuerzos en la reducción del paro –sacrificando incluso posiciones fuertes y la capacidad de lucha de los trabajadores– vieron, a pesar de todos sus intentos, aumentar la ola fascista y no al contrario.

Todos estos elementos de la teoría socialdemócrata del fascismo se encontraban ya en los primeros libros que consagraron los socialdemócratas italianos a la catástrofe que se cernía sobre sus cabezas. Así Giovanni Zibordi escribía ya en 1922:

> […] los excesos de los extremistas son los responsables de la situación, y también el movimiento obrero y social en su conjunto tiene la responsabilidad por el hecho de que esos excesos han arrojado a las capas pequeño-burguesas e intelectuales, que no poseen, por otra parte, ninguna razón económica seria para temer y odiar al socialismo, en los brazos del fascismo[2].

Turati dirá lo mismo alguno años más tarde:

> Los excesos filobolcheviques, que resultaban tan increíbles e infantiles, tuvieron como consecuencia que el temor de las clases dominantes a perder sus privilegios fuera, en ciertos momentos, muy real y muy intenso [...] Lógicamente, podemos concluir que de no haber existido esta actitud la cooperación entre la plutocracia y los fascistas hubiera sido imposible[3].

Es doloroso constatar que Angelo Tasca, que había sido con

anterioridad un comunista y un marxista, exprese, en el libro que escribió antes de la Segunda Guerra Mundial, la conclusión de que era imposible combatir al mismo tiempo al aparato del Estado y al fascismo y que era necesario, por tanto, aliarse con uno de ellos para combatir al otro[4].

La socialdemocracia alemana ofreció solamente un refrito vulgar y superficial de tesis similares. Su mejor teórico de los años veinte, el antimarxista belga Hendrik de Mann, intentó sondear la psicología de la pequeña burguesía y su relación con el fascismo y llegó a la conclusión, incluso tras la catástrofe en Alemania, de que no había que «alarmar» a la pequeña burguesía. Más en concreto, lo hizo tan bien que una ola de entusiasmo y voluntad de los trabajadores para luchar por una huelga general en 1935 se disipó bruscamente; con ello creó las condiciones favorables a un enorme crecimiento del fascismo en Bélgica a partir de ese año. Sólo León Blum fue lo suficientemente perspicaz como para declarar, tras la toma del poder por Hitler, que si la victoria había sido de los nazis era para castigar a la socialdemocracia alemana por haber ahogado los gérmenes de revolución proletaria después del derrumbamiento del Imperio alemán y por haber liberado y consolidado con ello todos los elementos (desde el ejército hasta los Freikorps) que ahora iban a exterminarlos salvajemente[5]. Pero el mismo León Blum cuando tuvo que enfrentarse algunos años más tarde a una gran huelga de masas, se limitó a reiterar la política de apaciguamiento de los Ebert y Scheidemann, que llevó a la caída de la III República y a la toma del poder por el bonapartismo senil de Vichy.

La teoría del fascismo de la Internacional Comunista posterior a Lenin pasó la prueba con no mayor éxito que la de la socialdemocracia. Sin duda alguna, podría encontrarse en ella los principios de una mayor comprensión del peligro que amenazaba al movimiento obrero internacional. Los elementos de una teoría marxista del fascismo pueden encontrarse en las obras de Clara Zetkin, Radek Ignazio Silone e incluso a veces en Zinoviev. Pero, muy pronto, las luchas de fracción del Partido Comunista de la URSS sofocaron el trabajo teórico de la Komintern. El objetivo dejó de ser la comprensión científica de los procesos objetivos en curso y se convirtió en asignar la dirección del KPD (Partido Comunista Alemán) a una fracción fiel y obediente a Stalin. Todo lo que concernía al análisis marxista y a la lucha revolucionaria de clases fue subordinado a ese fin.

El resultado es bien conocido: la teoría que considera al fascismo como la expresión directa de los intereses de los «sectores más agresivos del capitalismo de los monopolios» olvida por completo el carácter autónomo y de masas del movimiento fascista. De esta concepción se deduce la

teoría según la cual el fascismo sería el «hermano gemelo» de la socialdemocracia al servicio del capital monopolista, así como la teoría de la «fascistización gradual» de la República de Weimar, que disimularon a los ojos de los trabajadores la naturaleza catastrófica de la toma del poder por los fascistas y les impidió combatir ese inminente peligro. Todo esto culmina con la teoría del «social-fascismo» que conduce, bajo su forma extrema, a la tesis según la cual era necesario destruir a la socialdemocracia antes de que fuese posible vencer al fascismo[6]. Por fin llegaron los añadidos típicamente socialdemócratas y fatalistas: «La nefasta gestión de Hitler le hará hundirse a sí mismo» (a causa de su incapacidad para resolver la crisis económica, entre otras razones), y «después de Hitler será nuestro turno». Prácticamente puede observarse cómo ese solo elemento analítico contenía la aceptación de la inevitabilidad de la toma del poder por Hitler y la exagerada subestimación de las consecuencias de esa toma del poder respecto al aplastamiento del movimiento obrero. Todo el análisis sólo podía paralizar y confundir la resistencia al ascenso de los nazis.

Veinticinco años de mala conciencia han sido necesarios para que el movimiento comunista «oficial» iniciase una discusión crítica de la falsa teoría estalinista del fascismo. La ruptura práctica con esa teoría tuvo lugar, por supuesto muy pronto, cuando ya era demasiado tarde. El giro hacia la táctica de Frente Popular se produjo en 1935 e implicó una completa revisión de la teoría del «socialfascismo» y el deslizamiento hacia un error derechista paralelo tras las desastrosas consecuencias del error izquierdista[7]. Pero como los escritos y afirmaciones de Stalin fueron sacrosantos hasta 1956, la prudente revisión de la teoría del «social-fascismo» no comenzó hasta los principios de la presunta desestalinización[8]. Togliatti, dirigente del Partido Comunista Italiano, afirmó en voz alta lo que la mayoría de los cuadros comunistas pensaban en voz baja, y la superficial *Historia del movimiento obrero alemán,* publicada en Alemania del Este, sometió la teoría y la práctica del KPD en los años 1930-1933 a una crítica prudente, pero no metódica, sin evitar, no obstante, nuevos errores en la definición de la naturaleza y función del fascismo[9].

Las teorías de la «fascistización gradual» y el «social-fascismo» no sólo contienen una apreciación equivocada de la coyuntura política y errores tácticos en la forma de llevar la lucha contra el auge del fascismo, sino que también olvidan completamente la característica principal del fascismo que Trotsky supo denunciar correctamente y que la historia ha confirmado trágicamente.

El fascismo no es simplemente una nueva etapa del proceso por el que

el ejecutivo del Estado burgués se convierte en más fuerte e independiente cada vez. No es sólo la «dictadura abierta del capital monopolista». Es una forma *especial* del «ejecutivo fuerte» y de la «dictadura abierta», caracterizada por la completa destrucción de *todas* las organizaciones de la clase obrera –incluso de las más moderadas– y sin duda alguna de la socialdemocracia. El fascismo intenta evitar físicamente *toda* forma de autodefensa de parte de los trabajadores organizados mediante su atomización absoluta. Argüir que la socialdemocracia prepara el terreno al fascismo para declarar que ambos son aliados y desterrar toda posibilidad de unidad con ella contra el fascismo es erróneo.

Justo lo contrario. Si la socialdemocracia, con su práctica, de colaboración de clases y su identificación con la democracia parlamentaria en bancarrota, socavó la lucha de clases de los trabajadores y preparó de hecho la toma del poder por los fascistas, ésta marca el fin de la socialdemocracia. Las masas socialdemócratas así como más de uno de sus dirigentes fueron más y más conscientes de ello a medida que el desastre se aproximaba y proyectaba su sombra a través de numerosos incidentes sangrientos. Y esta toma de conciencia, que expresa todas las contradicciones de la socialdemocracia, podría haberse transformado, si se hubiese aplicado una táctica correcta de frente único, en el punto de partida de una unidad real de acción y de un cambio real y repentino de la correlación de fuerzas sociales y políticas que hubiera podido conducir no sólo a la victoria sobre el fascismo, sino también sobre el capitalismo y, aún más, al triunfo sobre la política de colaboración y conciliación de clases de la socialdemocracia.

La misma incapacidad para aprehender el carácter específico del fascismo se encuentra en un grupo de teóricos que se hallan a medio camino entre el marxismo y el reformismo vulgar. Así, Max Horkheimer ve en el fascismo «la forma más moderna de la sociedad capitalista monopolista». Paul Sering (Richard Loewenthal) sustentaba una concepción parecida cuando dijo que el nacional-socialismo es «el imperialismo planificado»[10]. El origen de estos dos puntos de vista se encuentra en la tesis sostenida por Hilferding según la cual la centralización política del poder en el Estado burgués es la «forma suprema de concentración de capital» que él veía materializado en el capital financiero. La predicción de Hilferding en 1907, por muy brillante y exacta que históricamente fuese (a pesar de algunas simplificaciones), demostró ser imperfecta durante los años que precedieron y siguieron a la toma del poder por Hitler. El fascismo no puede comprenderse si se separan los dos elementos siguientes del análisis: el estadio supremo de

centralización del Estado burgués no puede ser alcanzado más que si la burguesía abdica su poder político[11] y este nuevo fenómeno no era la «forma más moderna de la sociedad capitalista de monopolio» sino, por el contrario, la forma más aguda de crisis de esta sociedad[12].

En su libro *El fascismo. Sus orígenes y desarrollo,* Ignazio Silone se esfuerza, no sin éxito, por presentar el fascismo como resultado de la crisis estructural y profunda de la sociedad burguesa italiana y de la incapacidad simultánea del movimiento obrero italiano para resolver esa crisis mediante una transformación socialista[13]. Distingue correctamente entre el fascismo y una dictadura militar «clásica» o un bonapartismo[14]. Pero la definición que proporciona de la inmadurez política del movimiento obrero se termina allí donde precisamente comienza el problema. ¿Cuál es el factor que impidió al movimiento obrero transformarse en el representante de todas las capas explotadas de la nación, ganar o neutralizar a las amplias capas de la pequeña burguesía y poner la lucha por la toma del poder a la orden del día? No es un accidente que el concepto de «revolución socialista» apenas si aparezca en el libro de Silone y no es casualidad que comprenda deficientemente que, para realizar las complejas tareas que él mismo ha descrito, es necesario un plan estratégico, un plan que sólo puede ser elaborado y realizado por un partido revolucionario creado con ese fin. A pesar de que sus críticas a los reformistas y maximalistas italianos así como a las tendencias fatalistas y ultraizquierdistas en el joven Partido Comunista Italiano sean correctas, no proporcionan ninguna alternativa y causan la impresión de que la «madurez política» y la capacidad de asumir la dirección política son, o bien accidentes biológicos (en Rusia existía Lenin), o bien la fatalidad de un destino místico cualquiera. Se comprende fácilmente que Shone no podía permanecer largo tiempo en esta posición típica de transición; rápidamente se volvió hacia el reformismo.

Además de la de Trotsky, las dos contribuciones más importantes a la teoría del fascismo desde una óptica marxista en el curso de los años veinte y treinta son las de August Thalheimer y Otto Bauer[15]. El análisis de August Thalheimer es el que más se aproxima al de Trotsky. Pero, ciñéndose demasiado al análisis que Marx hizo en el siglo XIX del bonapartismo y exagerando la «fascistización gradual». Thalheimer subestima la diferencia *cualitativa* entre bonapartismo y fascismo: en el caso del primero se produce una autonomía creciente del aparato del Estado acompañada de una represión «tradicional» del movimiento revolucionario; en el caso del segundo se produce una autonomización creciente del aparato del Estado acompañada de la destrucción de *todas* las organizaciones de la clase obrera y de la tentativa de atomizar

completamente a los trabajadores por medio de un movimiento pequeño-burgués. Además, el análisis de Talheimer reduce el problema del fascismo al problema de la relación de fuerzas sociopolíticas (la clase obrera no es todavía capaz de ejercer el poder político, la gran burguesía no lo es ya sin poner de relieve el vínculo que une esa relación de fuerzas con la crisis estructural del neocapitalismo[16].

La teoría de Trotsky sobre el fascismo reúne los elementos contradictorios en una unidad dialéctica. De un lado, muestra fuerzas motrices que, en el periodo de crisis estructural del capitalismo, hacían *posible* la conquista y el ejercicio del poder político por la clase obrera. Evita hacer la confusión particularmente fatal entre la inmadurez histórica objetiva de la clase obrera francesa entre 1848 y 1850 y la inmadurez puramente subjetiva de la clase obrera alemana entre 1918 y 1933, que se encontraba en contradicción directa con las posibilidades objetivas.

Por otra parte, la teoría del fascismo de Trotsky está centrada en el carácter funcional de la «autonomía creciente» del aparato del Estado bajo el fascismo, que tiene precisamente como fin la transformación radical de las condiciones de la producción y extracción de plusvalía en favor de la gran burguesía, eliminando toda resistencia de clase organizada por parte del proletariado. La crisis estructural se resuelve así temporalmente hasta la próxima explosión.

Otto Bauer, en su teoría, ve el fascismo como la unidad de tres elementos: el desclasamiento de sectores de la pequeña burguesía a causa de la guerra; la depauperización de otros sectores debida a la crisis económica, que los empuja a romper con la democracia burguesa; y el interés que posee el gran capital en elevar la tasa de explotación de los trabajadores y que exige la eliminación de la oposición de la clase obrera y sus organizaciones[17]. Reconoce correctamente que el

> fascismo no ganó en el momento en que la burguesía estaba amenazada por la revolución proletaria, sino cuando el proletariado había sido debilitado y reducido a la defensiva mucho tiempo antes, en el momento de reflujo de la marea revolucionaria. Los capitalistas y grandes propietarios no confiaron el poder del Estado a los grupos fascistas para protegerse de una revolución proletaria amenazante, sino para reducir los salarios, destruir las conquistas de la clase obrera y eliminar los sindicatos y las posiciones de fuerza política ocupadas por la clase obrera, no para suprimir un socialismo revolucionario sino para barrer las conquistas del socialismo reformista[18].

A pesar de que este análisis sea superior a los de los reformistas que remedaban las tesis de los propios fascistas diciendo que el fascismo era sólo una respuesta al «peligro bolchevique», subestima fatalmente la profunda *crisis estructural* que sacudió al capitalismo en Italia de 1918 a 1927 y en Alemania desde 1929 a 1933. Esta crisis no consolidó sino, por el contrario, debilitó el orden social existente y acrecentó, así, las condiciones objetivas que hacían posible la existencia de una estrategia orientada hacia la toma del poder por la clase obrera.

Bauer, como Thalheimer, ve en la victoria del fascismo el resultado lógico de la contrarrevolución que se había extendido progresivamente tras la derrota de las iniciativas revolucionarias de los años 1918 a 1923. No comprende el hecho de que los quince años que transcurren entre 1918 y 1933 estuvieron marcados por el periódico flujo y reflujo de las posibilidades revolucionarias y no por su declive lineal. La distinción mecánica entre «ofensiva» y «defensiva» sólo consiguió oscurecer las relaciones que la unían.

Este incorrecto análisis ha llevado a graves errores tácticos. Creyendo hallarse en una «fase defensiva», Otto Bauer, el «socialista revolucionario», pensaba que la única cosa que había que hacer era mantenerse en guardia y esperar el ataque de la reacción fascista clerical contra las organizaciones de la clase obrera. En ese preciso momento, y sólo en ese momento, debían defenderse por todos los medios, incluidas las armas. Así se produjo la heroica lucha de la Schutzbund (Liga de Defensa) en Viena en febrero de 1934 que, sin duda, destacó frente a la capitulación sin combate del SPD (Partido Social Demócrata Alemán) y del KPD ante el régimen nazi, pero que, en cualquier caso, estaba condenada a la derrota. Pues, sólo cuando el movimiento obrero reconoce la amplitud de la crisis estructural y declara explícitamente su intención de resolverla por sus propios métodos exclusivamente, definiendo así la lucha por el poder como un objetivo inmediato, es capaz de arrastrar a las capas medias y a otros sectores indecisos de la población para los que el statu quo, incluida la «defensa» estricta de las organizaciones obreras, no ofrece ya ningún atractivo.

Un historiador clarividente como Arthur Rosenberg hace coincidir el final de la República de Weimar con el año 1930. Escribe: «En 1930 cayó la república burguesa en Alemania porque su destino dependía de la burguesía y porque la clase obrera no era ya lo suficientemente fuerte como para salvarla»[19]. La historiografía fatalista de Rosenberg olvida que la clase obrera contaba todavía con tres años, si la dirección no hubiera fracasado en su tarea, para salvar, no la democracia burguesa, sino los elementos democráticos que valía la pena conservar extirpándolos

de la democracia burguesa para confiarlos al socialismo.

[1] En el *Manifiesto comunista,* Marx y Engels ridiculizaban ya el argumento liberal según el cual los comunistas hacían el juego a la reacción conservadora. Durante la revolución de 1848, se repetía incansablemente que, si solamente los malvados «socialistas» no hubiesen estado allí, se hubiesen podido consolidar en todas partes regímenes constitucionales liberales, pero los socialistas habían asustado a la burguesía y la habían arrojado en brazos de la reacción. Después de la Revolución francesa, los conservadores, a su vez, utilizaron un argumento similar contra los liberales; si no se hubiesen producido los excesos de la Convención y de la Constitución «radical de izquierda» del año II, la monarquía no hubiese sido jamás reinstaurada. Evidentemente, no hay nada nuevo bajo el sol.

[2] G. Zibordi, *Der Fascismus als antisozialistische Koalition,* Nolte, *op. cit.*, pp. 79-87.

[3] F. Turatti, *Fascismus, Sozialismus und Demokratie,* Nolte, *op. cit.,* pp. 143-155.

[4] A. Tasca, *Nascita e Avvento del Fascismo,* Florencia, La Nueva Italia, 1950.

[5] Cfr., entre otros, H. de Mann, *Sozialismus und National Fascismus,* Postdam, A. Prosse Verlag, 1931; las memorias de Severing, *Mein Lebensweg,* cap. II: «In, auf und ab der Politik», Colonia, Greven Verlag, 1950; las memorias de O. Braun, *Von Weimar zu Hitler,* Nueva York, Europa Verlag, 1940, etcétera.

Otto Braun excusa su penosa capitulación cuando el golpe de Papen el 20 de julio de 1932 diciendo que, dada la crisis económica y los millones de parados, una huelga general como la que hizo fracasar el «putsch» de Kapp doce años antes era imposible. Olvida que en la época de este «putsch» la economía alemana atravesaba, igualmente, una profunda crisis.

[6] Cfr. la documentación exhaustiva de T. Pirker en *Komintern und Fascismu (1920-1940),* Múnich, Deutsche Verlagsanstalt, 1965. El estudio de la prensa oficial de la Komintern y del KPD entre 1930 y 1933 aporta, sin embargo, las informaciones más valiosas.

[7] En la teoría del «social-fascismo», el papel objetivo de la dirección socialdemócrata (que es seguramente un factor tendiente a estabilizar el statu quo de la sociedad burguesa decadente) se aísla arbitrariamente de su base de masas y de la forma específica que poseía; en la teoría del Frente Popular, por otra parte, la voluntad antifascista de las masas y la

presión que ejercían sobre la dirección socialdemócrata para la autodefensa contra el peligro de exterminación por el fascismo, también se aíslan arbitrariamente del contexto social general caracterizado por la crisis estructural del neocapitalismo. En el primer caso, las masas se encuentran paralizadas por la división; en el segundo, se encuentran brutalmente frenadas por consideración hacia los compañeros burgueses «liberales» de la política de Frente Popular. El péndulo oscila de una desviación oportunista de izquierdas a una desviación oportunista de derechas, sin pasar, no obstante, por la posición correcta, esto es, la unidad de acción de los *Trabajadores* (dotada de una dinámica clara, objetivamente anticapitalista).

[8] Incluso al final de los años 1950, se intentó desesperadamente justificar la política del KPD de los años 1930 a 1933. Cfr., entre otras, el folleto «Les origenes du fascisme», publicado en la serie Recherche internationales à la lumière du marxisme, París, Editions La Nouvelle Critique, n.° 1, 1957.

[9]*Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung,* Berlín, Dietz Verlag, 1966, cap. IV, pp. 168, 171, 206, 239, 288, 303, 310, 312, etc. Esta crítica a posteriori reconoce, en casi todos los puntos, que Trotsky tenía razón… sin citar su nombre ni una sola vez.

[10] E. Nolte, *op. cit.*, pp. 55, 66, etc.; H. Laski, *Reflactions on the revolution of our time,* Londres, Allen and Unwin, 1943.

[11] Sería interesante investigar las causas profundas de esta necesidad que se encuentran, en nuestra opinión, no sólo en la necesidad de atomizar a la clase obrera mediante el terror –tarea que un aparato represivo «normal» es incapaz de cumplir– sino también en la misma naturaleza de un modo de producción basado en la propiedad privada de los medios de producción. Ya que, en un modo de producción semejante, existe siempre un elemento de competencia que hace que los representantes directos de varias empresas no puedan progresar hacia el interés común de la clase (o más bien de la fracción decisiva de esta clase) más que regateando y reconciliando intereses particulares y contradictorios.

Si el interés común se expresa bajo una forma inmediata y centralizada, es decir, sin largas y difíciles discusiones y negociaciones, la institución que representa al interés común no debe defender simultáneamente los intereses particulares, es decir, que la unidad del gran capital y de la dirección política debe ser eliminada. También se comprende más claramente la tendencia de la sociedad burguesa a la

abdicación política en periodos de crisis.

[12] R. A. Brady comete un error parecido en su libro *The spirit and structure of german fascism,* Nueva york, Viking Press Inc., 1937.

[13] I. Silone, *Der Fascismus Seine Entstehung und seine Entwicklung,* Zúrich, Europa Verlag, 1934, pp. 32, 46, 52, etcétera.

[14]*Ibid.*, p. 276.

[15] A. Thalheimer, «Ueber dem Fascismus», *op. cit.*, Abendroth, pp. 19, 38; Bauer, *op. cit.*, pp. 113-141.

[16] Este aspecto ha sido señalado por R. Griepenburg y K. H. Tjaden, «Fascismus und Bonapartismus», *Das Argument* 41 (diciembre 1966), pp. 461-472.

[17] O. Bauer, *op. cit.*, p. 113.

[18]*Ibid.*, p. 126.

[19] A. Rosenberg, *Geschichte der Weimarer Republik,* Fráncfort, Europaeische Verlag, 1961, p. 211.

V

Hemos comparado la teoría del fascismo de Trotsky con otros intentos de explicación del fascismo y hemos reconocido su innegable superioridad. Esta superioridad proviene en parte de su capacidad de integrar multitud de aspectos parciales en una unidad dialéctica. Hoy tenemos acceso a un importante material empírico que no fue conocido por Trotsky ni por otros sectores marxistas del periodo anterior e inmediatamente posterior a la toma del poder por los nazis. ¿Qué nos enseña ese material acerca de algunos de los puntos decisivos y criticados de esta teoría?

El testimonio más claro concierne a la función económica y política de la dictadura fascista. Mediante la destrucción del movimiento obrero organizado Hitler consiguió establecer una congelación de salarios que pareció un milagro para el patronato alemán. Los salarios por horas se fijaron a nivel de la crisis económica; la desaparición del paro masivo no condujo a ningún aumento importante de salarios. El capital, a lo largo de toda su historia, no había conseguido nunca pagar los mismos salarios cuando no existía ningún parado que cuando existían cinco millones. El salario/hora del obrero cualificado pasó de 95,5 pfennings en 1928 a 70,5 en 1933, después a 78,3 en 1936, a 79 en 1940 y a 80,8 pfennings en octubre de 1942[1]. Estas cifras se refieren al salario medio de 17 sectores industriales. Otras fuentes dan unas cifras algo más elevadas para el salario medio de los obreros cualificados en la economía del III Reich en su conjunto. Según estas cifras los salarios pasaron de 79,2 pfennings a 78,5 entre enero de 1933 y 1937 y luego aumentaron lentamente hasta alcanzar 79,2 pfennings en 1939, 80 en diciembre de 1941 y 81 pfennings en octubre de 1943[2]. Sin embargo, esas cifras confirman igualmente que los salarios se mantuvieron muy por debajo de lo que estaban antes de la crisis –«magnífico» éxito por parte del régimen nazi– enfrentado a una crítica escasez de mano de obra. En resumen, Neumann ha confirmado que la distribución de la renta nacional alemana evolucionó ampliamente en favor del capital entre 1932 y 1938. La parte correspondiente al capital (intereses, beneficios comerciales e industriales, beneficios industriales no distribuidos) pasó de 17,4 por 100 de la renta nacional en 1932 (21 por 100 en 1929) a 25,2 por 100 en 1937 y 26,6 por 100 en 1938[3]. Ante tales cifras, la discusión sobre la naturaleza de clase del Estado fascista debería de ser incluso innecesaria.

Poseemos ahora también el conocimiento de un material empírico

exhaustivo relativo a los efectos del fascismo sobre la acumulación y concentración del capital que confirma completamente la tesis marxista. El capital total de todas las sociedades alemanas pasó de 18,75 millares de Reichmarks (RM) en 1933 (20,6 millares de RM en 1933) a más de 29 millares de RM al final de 1942; durante este mismo periodo, no obstante, el número de sociedades descendió de 5.518 a 5.404, habiéndose reducido ya este número a la mitad en 1938 (de 10.437 en 1931 y 9.148 en 1933). En este capital total, la parte correspondiente a las grandes empresas –aquéllas con un capital de más de 20 millones de RM– pasó de 52,4 por 100 en 1933 a 53,6 por 100 en 1939 y 63,9 por 100 en 1942[4].

El Estado prosiguió esta concentración de capital por los medios más diversos. La cartelización forzada, las fusiones bajo el control de los «dirigentes de la economía de defensa», la organización de «asociaciones nacionales» (Reichsvereinigungen) y de cámaras económicas regionales (Gauwirtschaftskammern) condujeron a la forma suprema de fusión entre el capital monopolista y el Estado fascista. La Asociación Nacional del Hierro y del Acero (Reichsvereinigung Eisen und Stahl) estaba dirigida por el industrial del Sarre, Dr. Hermann Roechling; la Asociación Nacional de Fibras Sintéticas estaba dirigida por el Dr. H. Vits, de las Industrias Asociadas del Rayón. Lo mismo ocurría con los «grupos nacionales» (Reichsgruppen) y los «Altos Comités» (Hauptausschuesse). Ocho de estos 15 comités tenían a su cabeza a representantes directos del gran capital: Mannesmann, August Thyssen Huette (Fundiciones August Thyssen), Deutsche Waffen und Munitions Fabriken (Fábricas Alemanas de Armas y Municiones), Henschel-Flugzeugwerke (Construcciones Aeronáuticas Henschel), Auto-Unión, Siemens, Weiss und Freytag, Hommelwerke[5].

Ante estos hechos innegables, que entran en contradicción no sólo con el programa demagógico de los nazis sino también con su «interés político particular» (el mantenimiento de una amplia base de masas, compuesta por la pequeña burguesía, las capas medias y los pequeños empresarios), difícilmente puede comprenderse cómo Tim Mason puede llegar a la conclusión de que los bloques de influencia de la industria se «disgregaron» después de 1936, que el poder de la industria en el terreno de la política económica «saltó en pedazos», que «sólo se mantuvieron los intereses más primarios (¡), los más inmediatos de cada empresa» y que «entre 1936 y 1939, el interés colectivo del sistema económico capitalista se transformó, poco a poco, en una adición de los intereses particulares de cada compañía»[6].

Mason defiende el punto de vista ingenuo y formalista de que «el interés colectivo del sistema capitalista» está representado, en primer

lugar, por las asociaciones patronales. Pero en realidad, es un hecho muy conocido en la época del capitalismo monopolista, y en particular del neocapitalismo, que estas asociaciones intentan meramente reconciliar los intereses de la masa de pequeños y medianos empresarios con los de las grandes compañías, o bien defender, de una forma u otra a los primeros contra los segundos. El capitalismo monopolista engendra *siempre* una creciente identificación entre el sistema y los intereses particulares de algunas docenas de grandes compañías en detrimento de las pequeñas y medianas empresas y en absoluto la «transformación» del sistema en una «simple adición de los intereses propios de las empresas». Y esto es, exactamente, lo que ocurrió en la Alemania fascista en una proporción inigualada antes o después de ese periodo.

La fijación de los precios y márgenes de beneficio en la industria de armamentos y las relaciones entre el sector privado y estatal de la economía aportan excelentes indicaciones sobre la relación real de fuerzas que existe entre el capitalismo monopolista y las burocracias del Estado y el partido. La tendencia fundamental *no* era la nacionalización, sino la reprivatización[7], ni la primacía de cualquier «dirección política» sino los superbeneficios de las grandes empresas[8].

En plena guerra, cuando hubiera podido esperarse de los partidarios de la «guerra a ultranza» que se mostraran absolutamente despiadados con los intereses privados, tuvieron lugar [9]dos sucesos con las empresas Flick, que aclaran enormemente las relaciones de producción existentes. El 4 de mayo de 1940, una de esas empresas negoció un contrato con altos funcionarios del Estado para la producción de obuses y bazokas.

Los funcionarios del Gobierno habían calculado que, para obtener un beneficio razonable, Flick debía recibir 24 RM por obús. Pero la compañía exigió 39,25 RM por obús. Finalmente, el acuerdo se estableció en 37 RM, un beneficio suplementario de 13 RM por obús, es decir, más del 35 por 100, o sea, más de un millón de marcos suplementarios por todos los obuses fabricados hasta finales de 1943. Haciendo abstracción de la dictadura nazi, la diferencia entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial no es tan importante, después de todo. En ambos casos, los soldados creían morir por la patria y, en ambos casos, morían por los beneficios suplementarios de los señores de la industria.

El segundo ejemplo es todavía más «precioso». El ejército había construido sus propias fábricas (con capitales de fondos públicos, por supuesto). Estas fábricas se solían alquilar a empresas privadas, recibiendo en contrapartida una participación del Estado en los beneficios del orden del 30 ó 35 por 100. En 1942, la compañía Flick hizo lo indecible por tomar la dirección de Machinenfabrik Donauwoerth GmbH

(Sociedad de Construcción de Maquinaria Donauwoerth). El 31 de marzo, el activo de Donauwoerth ascendía a 9,8 millones de RM en el mercado, mientras que su valor contable oficial era de 3,6 millones de RM. Flick compró la fábrica (equipada con el material más moderno) al precio indicado por el valor contable oficial. Klaus Drobisch evalúa sus beneficios en más de ocho millones de RM en ese caso concreto9.

Cuando se levanta la cáscara política se descubre el verdadero núcleo, la dominación de clase. Si el Estado nazi hubiese nacionalizado sistemáticamente todas las empresas de armamentos, si hubiese reducido despiadadamente los márgenes de beneficios al 5 o al 6 por 100, si hubiese exigido, por ejemplo, que al menos la mitad de los directores de las fábricas que participaban en la guerra, fuesen representantes directos del Estado y las Fuerzas Armadas (puesto que, sin duda alguna, es lo que exige una guerra eficazmente dirigida), entonces podrían justificarse parcialmente ciertas dudas sobre el carácter de clase de ese Estado. Pero los hechos demuestran con claridad lo contrario: la subordinación brutal de todos los intereses a los de las grandes compañías. Y la subordinación de todas las exigencias sectoriales a la dirección «total» de la guerra, llevada a cabo en el interés de esas grandes compañías, se detiene en el justo punto en que alcanza el alfa y omega: la acumulación de capital por las grandes empresas.

Los datos empíricos aportan indicaciones muy valiosas sobre las diferentes etapas que marcaron la ascensión del movimiento nazi después de las elecciones al Reichstag, en 1930 hasta la toma del poder el 30 de enero de 1933. Sabemos cómo ciertos círculos del gran capital, en principio relativamente limitados, comenzaron a financiar a los nazis. Sabemos qué tipo de dudas y divergencias de opinión surgieron entre los grandes capitalistas y propietarios en cuanto a la actitud a adoptar hacia Hitler y su partido nazi (NSDAP). Sabemos que esas dudas se vieron exacerbadas, entre otras cosas, por el «juego del todo o nada» al que se entregaba el candidato-dictador, pero sabemos también que fueron reducidas por la pasividad y perplejidad del movimiento obrero. Sabemos cómo el gran capital comenzó a identificar su programa (formulado en 1931) –y cuyo fin era un Estado autoritario, una reducción masiva de los salarios y una revisión del Tratado de Versalles a cualquier precio[10]– al de Hitler, paralelamente a su ascensión al poder, después de desplazar al ala izquierda plebeya de su base social y de dar a los señores de la industria todas las garantías necesarias en relación con la defensa de la propiedad privada y la aplicación del «principio de autoridad» en las empresas, como lo hizo, por ejemplo, el 27 de enero de 1932 en un discurso ante el Club Industrial. Sabemos qué crisis tuvo que atravesar

este acercamiento entre el gran capital y el NSDAP (entre otras, la dificultad que supuso la derrota electoral del NSDAP en noviembre de 1932 y los obstáculos financieros que le siguieron). Por último, sabemos cómo el encuentro con el barón Von Schroeder en Colonia el 4 de enero de 1933, justo después del escándalo de las subvenciones otorgadas a los grandes propietarios de la Prusia oriental, selló el destino de la República de Weimar[11].

La información disponible hoy día confirma, bajo todos los puntos de vista, el detallado análisis que realizó Trotsky de los dramáticos acontecimientos de los años 1930 a 1933.

Falta un último punto, no despreciable, por aclarar. ¿Cuáles eran las posibilidades de la clase obrera para detener el avance nazi mediante la unidad de acción? ¿Y cuál era la potencialidad de esa unidad de acción? A pesar de que el material disponible sobre estos problemas sea, naturalmente, más fragmentario que el que se refiere a las relaciones económicas o la actitud de un pequeño grupo de señores de la industria, abundan los testimonios que prueban que existía un profundo deseo, tanto entre los trabajadores y funcionarios comunistas como en los socialdemócratas, de combatir unidos a Hitler. De los volúmenes de memorias surgen recuerdos fragmentarios: el Reichbanner (la organización de defensa del SPD) envió mensajes a la «dirección» (posiblemente, nunca esta palabra haya sido utilizada de un modo tan reificado y alienante) exigiendo el combate; la sangre de los trabajadores no debe ser derramada, es la absurda respuesta que recibieron (como si la victoria de Hitler no significase que la sangre de los trabajadores correría en ríos, como había predicho Trotsky). Las iniciativas locales para definir una línea común entre socialdemócratas y comunistas aumentaron en número hasta el último momento, cuando ya la dirección acusaba los golpes, desde la toma del poder por Hitler al incendio del Reichstag, y de esta provocación a la concesión de plenos poderes (la abdicación del Reichstag en favor del Gobierno de Hitler), sin avanzar el más modesto plan estratégico para la protección y autodefensa del movimiento obrero[12]. Los escritos fantasmagóricos y saturados de mala conciencia a nuestra disposición, a pesar de estar elaborados bajo el signo de la autojustificación, constituyen una amarga condena de las direcciones del SPD, del KPD y del ADGB (Allgemeiner Deutscher Gewerkschaftsbund) –Confederación Nacional de Sindicatos Alemanes– de la época. Nunca en la historia moderna, tantos hombres tuvieron que pagar tan caro los errores de tan pocos.

[1] C. Bettelheim, *op. cit.*, p. 210.

[2] J. Kuczinsky, *Die Geschichte der lage der Arbeiter in Deutschland,* cap. II, «1933 a 1946», Berlín, Verlag die freie Gewerkschaft, 1947, pp. 199, 154.

[3] F. Neumann, *op. cit.*, p. 435. Ante estos hechos y cifras, intentar probar con Tim Mason la «primacía de lo político» después de 1936, arguyendo que durante dos años entre el otoño de 1936 y el verano de 1938 el Gobierno de Hitler no «pudo» poner fin a la libertad de los trabajadores de cambiar de empleo y no «pudo» establecer un salario máximo se transforma en una burla… «La dirección política rechazaba aplicar una u otra de estas medidas, puesto que un paso tan radical contra los intereses materiales de la clase obrera hubiese sido incompatible con la tarea política que consistía en educar a los trabajadores en el nacional-socialismo», Mason, «Das Primat der Politik», *Das Argument* 41 (diciembre 1966), p. 485.

Quien quiere demostrar demasiado, demuestra su error. Aparentemente, Tim Mason no ve que el elemento determinante aquí no es que esas medidas fuesen retrasadas durante dos años, sino que un régimen dedicado, al menos demagógicamente, a la «comunidad nacional», decidió poner en práctica el encadenamiento parcial y deliberado de su propia clase obrera aboliendo la libertad de desplazamiento y que permitiese que enormes «super beneficios sobre el armamento» acrecentasen las ventajas del gran capital. ¿No prueba esto que los intereses de la «dirección política» tuvieron que retroceder ante los del capitalismo monopolista: que no existía, por tanto, una «primacía de lo político» sino más bien una «primacía del capital monopolista»?

[4] F. Neumann, *op. cit.*, p. 613; C. Bettelheim, *op. cit.,* p. 63.

[5] F. Neumann, *op. cit.,* pp. 591, 601.

[6] T. Mason, *op. cit.*, pp. 482, 484, 487.

[7] Con relación a la reprivatización, cfr., entre otros, C. Bettelheim, *op. cit.,* p. 112; F. Neumann, *op. cit.,* p. 287; con relación al asunto Gelsenkirchen y la importancia determinante que ejerció atrayendo a amplios círculos de la industria pesada en el campo de Hitler y sobre la reprivatización de Vereinigten Stanhwerke en 1936, cfr. G. F.W. Hallgarten, *op. cit.*, pp. 108-113; K. Gossweiler, «Die veremigten Stahlwerke und die Grossbanken», *Jahrbuch für Wirtschaft geschichte,* Berlín, Akademie Verlag, 1965, 4.ª parte, pp. 11-53.

[8] Con respecto a esto, querríamos volver una vez más al problema planteado por Tim Mason cuando afirma que es la «formación de la voluntad política» la que es decisiva y que «la política interior y exterior de la dirección del Estado nacional-socialista se escapaban cada vez más a las decisiones de la clase económica dominante». La palabra determinante

aquí es «decisiones». De hecho, no hay ahí nada contrario a la interpretación marxista del Estado y la sociedad; pero en este caso se trata más bien de una interpretación vulgar y mecanicista de esta última. El marxismo implica que no hay identidad absoluta entre la superestructura y la base, que esas dos instancias tienen su lógica interna propia del hecho de la división del trabajo, y por tanto que, en la sociedad de clases, existe un cierto *grado* de independencia no sólo de la religión y de la filosofía, sino también del Estado y del ejército. Lo importante no es saber si un grupo de banqueros o de grandes industriales ha dictado directamente las decisiones de los jefes del Gobierno o el ejército, sino más bien si esas decisiones correspondían a los intereses de la clase de las altas finanzas y del gran capital y si no pueden ser aprehendidas más que en relación con la lógica inmanente de la defensa del modo de producción existente.

Tim Mason no ve que el militarismo y la guerra habían realizado ya en gran parte esta autonomía en el capitalismo monopolista mucho antes de que apareciese el partido nazi. De hecho el concepto de la «primacía de lo político» se originó directamente de las circunstancias de la Primera Guerra Mundial. Tim Mason escribe: «Podemos ver por varios indicios que los ataques a Polonia en 1939 y a Francia en 1940 no eran aspectos inevitables de la concepción global de la clase dominante» («Primat der Industrie Eme Eerweiderung», *Das Argument* 47 [julio 1968], p. 206). ¿No puede decirse lo mismo retrospectivamente, con tanta convicción al menos de la aventura intentada por Churchill en los Dardanelos durante la Primera Guerra Mundial, de Verdún y de otras batallas en las que se registraron importantes pérdidas materiales y, de hecho, incluso del desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial?

¿No hubiera favorecido los «intereses» del gran capital el llegar a un acuerdo entre Serbia y Bosnia con relación a la exportación de cerdos, y entre Alemania y Gran Bretaña sobre la penetración en Oriente Medio, en vez de haber sufrido inmensas pérdidas en la guerra y haber provocado una revolución socialista?

¿No fueron los diplomáticos, la pandilla imperialista y sobre todo los miembros del Estado Mayor los que tomaron las decisiones a propósito de Sarajevo y de Bélgica en vez de las asociaciones patronales o el comité de directores de la Deutsche Bank? ¿Pero es que el militarismo, los conflictos imperialistas, la ideología militar nacionalista, la carrera de armamentos, la falta de materias brutas de Alemania, etc., no eran el resultado inevitable de una estructura económica y social muy particular, y no era ésta la que, en última instancia, fue la causa de la guerra? ¿No estaban en su origen los esfuerzos expansionistas de la Deutsche Bank? ¿Es que los objetivos de la guerra no estaban estrechamente vinculados a esta causa fundamental de la carrera de armamentos?

[9]Es en este sentido como debe entenderse la tesis marxista de la naturaleza imperialista, capitalista monopolista del régimen nazi y no en el sentido estrecho, mecanicista según el que los grandes banqueros tuvieron, al parecer, una influencia mayor sobre la dirección de la guerra

que los Estados Mayores del ejército, lo que, de ninguna manera, fue tampoco el caso en la Primera Guerra Mundial.

Dietrich Eichholz y Kurt Gossweiler citan, a este respecto, los dichos de un tal Karl Krauch, director y miembro del comité ejecutivo de I. G. Farben. El 28 de abril de 1939 Krauch declaró: «Hoy, como en 1914, la situación política y económica de Alemania, una fortaleza sitiada por el mundo, parece necesitar una declaración de guerra rápida acompañada del aniquilamiento del enemigo desde el comienzo de las hostilidades» (*Das Argument* 47 [julio 1968], p. 226). Ese era el estado de ánimo dominante en los círculos decisivos del capitalismo monopolista. Que este estado de ánimo apareciese, más tarde, tan «irracional» como el de la gran burguesía bajo Guillermo (y el de otras potencias imperialistas) prueba que las guerras imperialistas en general y el mismo capitalismo monopolista intensifican hasta el extremo la «irracionalidad racionalizada» inherente a la sociedad burguesa.

K. Drobisch, «Flick-Konzern und Faschistischer Staat, 1933-1939», *Monopole und Staat in Deutschland, 1917-1945,* Berlín, Akademie Verlag, 1966, p. 169.

[10] Las fuentes son muy numerosas con respecto a esta cuestión. Una presentación impresionante se encuentra en G. F. W. Hallgarten, *op. cit.*, p. 104.

[11] Aquí también las fuentes son numerosas. Cfr., entre otras, H. S. Hegner, *Die Reichzkanzlei von 1933-1945*, Fráncfort, Verlag Frenkfurter Buecher, 1959, p. 33 y A. Bullock, *Hitler a study in tyranny,* Londres, Penguin Books, 1962, pp. 196, 243. W. L. Schirer presenta un resumen de los testimonios más importantes especialmente el de Meissner, así como una bibliografía importante en *The rise and fall of the Third Reich,* Nueva York, Simon and Schuster Inc., 1960, p. 175, p. 181.

[12] De todas las memorias disponibles, mencionaremos tan sólo H. Brandt, *Eim Traum der nicht entfuchrbar war,* Múnich, Paul List Verlag, p. 83.

VI

Sin embargo, la teoría del fascismo de Trotsky no es tan sólo la condena despiadada del pasado. Es también una visión del presente y del futuro, un aviso contra nuevos errores teóricos y contra nuevos peligros.

El carácter específico del fascismo sólo puede ser comprendido en el marco del capitalismo imperialista de los monopolios. Es absurdo caracterizar los movimientos autoritarios del mundo semicolonial como «fascistas» simplemente porque juran fidelidad a un jefe o endosan un uniforme a sus miembros. En un país en el que la parte más importante del capital está en manos extranjeras y en el que la suerte de la nación está determinada por la dominación del imperialismo extranjero, no tiene sentido caracterizar de fascista a un movimiento de la burguesía nacional que busca, en su propio interés, la liberación de esa dominación. Un movimiento semejante puede participar de algunos rasgos superficiales con el fascismo: un nacionalismo extremo, el culto al «jefe», a veces, incluso, el antisemitismo. Al igual que el fascismo, puede encontrar su base de masas en la pequeña burguesía desclasada y depauperada. Pero la diferencia decisiva, en términos de política económica y social, entre un movimiento semejante y el fascismo, resulta evidente si se consideran las posiciones del movimiento frente a las dos clases fundamentales de la sociedad: el gran capital y la clase obrera.

El fascismo considera la dominación del primero y le ofrece el mayor beneficio económico, atomiza la clase obrera y extermina sus organizaciones. Por el contrario, los movimientos nacionalistas de la burguesía nacional en los países semicoloniales, a menudo falsa y abusivamente llamados «fascistas», infligen generalmente serios y duraderos golpes al gran capital, sobre todo al capital extranjero, creando al tiempo nuevas posibilidades de organización para los trabajadores. El mejor ejemplo lo constituye el movimiento peronista en Argentina que, lejos de atomizar a la clase obrera, ha permitido, por primera vez, la organización generalizada de los trabajadores en los sindicatos, que hasta hoy en día vienen ejerciendo una considerable influencia en el país.

Es cierto que la capacidad de esta llamada burguesía nacional para maniobrar entre el imperialismo extranjero y el movimiento de masas del propio país está limitada histórica y socialmente, y que oscilará continuamente entre estos dos polos principales. Seguramente, su interés de clase le llevará finalmente a concertar una alianza con el imperialismo al que intentará chantajear, gracias a la presión del movimiento de masas,

y arrebatarle una parte mayor de la plusvalía total; por otra parte, un ascenso todopoderoso del movimiento de masas amenazaría su propia dominación de clase. Por supuesto, un giro en el sentido de un ataque contra el movimiento de masas puede tomar la forma de una represión sangrienta de tipo fascista, como la de los generales indonesios después de octubre de 1965. Sin embargo, la diferencia fundamental entre los dos procesos –el fascismo en las metrópolis imperialistas y, lo que, en el peor de los casos, es una dictadura militar fuerte en los países semicolonialistas del Tercer Mundo– debe ser comprendida con claridad, para evitar la confusión en los conceptos.

Es, igualmente, muy importante evitar la confusión entre la tendencia contemporánea que se afirma cada día más claramente hacia el «Estado fuerte» y la tendencia hacia la fascistización «rampante» o, incluso, «abierta». Como ha sido señalado muchas veces, el punto de partida del fascismo se encuentra en la pequeña burguesía desclasada y empobrecida. Tras veinte años de «fase ascendente del ciclo a largo plazo», prácticamente ningún país imperialista occidental posee una pequeña burguesía semejante. Todo lo más, algunas capas marginales del campesinado y las «clases medias» urbanas se ven afectadas por una tendencia hacia el empobrecimiento. Pero estas capas, de las cuales ninguna tiene un peso importante en la población total, han podido, hasta el momento, encontrar trabajo con relativa facilidad en el comercio, los servicios o la industria. Es un proceso opuesto al de los años 1918 a 1933, éste que se desarrolla ante nuestros ojos. En aquel periodo las capas medias se encontraban pauperizadas sin verse proletarizadas.

Con una pequeña burguesía conservadora y en conjunto próspera, el neofascismo no tiene ninguna posibilidad objetiva de ganar una amplia base de masas. Los ricos propietarios no se lanzan a combates en la calle contra los trabajadores revolucionarios o los estudiantes de extrema izquierda. Prefieren llamar a la policía y equiparla con mejores armas para que «se ocupe de las perturbaciones». Aquí reside toda la diferencia entre el fascismo que organiza a los elementos desesperados de la pequeña burguesía y los utiliza para aterrorizar a las grandes ciudades y regiones obreras y el «Estado fuerte», autoritario que, por supuesto, utiliza la violencia y la represión, puede asestar duros golpes al movimiento obrero y a los grupos revolucionarios, pero se revela incapaz de aniquilar a las organizaciones obreras y de atomizar al proletariado. Incluso una comparación superficial entre la Alemania de después de 1933 y la Francia de después de 1958, tras el establecimiento del «Estado fuerte» resalta mejor esta diferencia. La misma conclusión se deduce al comparar la dictadura fascista española entre 1939 y 1945 y el «Estado fuerte»

decadente de nuestros días que, a pesar de la severa represión ejercida ocasionalmente por la policía y el aparato militar, se encuentra en total imposibilidad de suprimir un movimiento de masas ascendente.

Haría falta que la situación económica cambiase de forma decisiva para que el peligro inmediato del fascismo reapareciera en los Estados capitalistas occidentales. Que un cambio semejante se produzca en el futuro no está en ningún caso excluido; es más, se trata de una eventualidad muy probable. Pero antes de que eso ocurra, es mejor evitar ser fascinados por la amenaza inexistente del fascismo, hablar menos de neofascismo y hacer más hincapié en la lucha sistemática contra la tendencia muy real y muy concreta de la burguesía hacia el «Estado fuerte», es decir, hacia la reducción sistemática de los derechos democráticos de los trabajadores (por medio de leyes de excepción, leyes antihuelga, multas y penas de cárcel para las huelgas salvajes, restricciones al derecho de manifestación, manipulación capitalista y estatal de los medios de comunicación de masas, restablecimiento de la detención preventiva, etc.). El núcleo de verdad en la teoría del «fascismo rampante» es que señala el peligro de una aceptación pasiva y apolítica de esos ataques contra los derechos democráticos elementales que no puede más que estimular el apetito de la clase dominante e impulsarla a nuevos y más duros ataques. Si el movimiento obrero se deja conducir sin resistencia y se deja desposeer poco a poco de su poder, entonces, en el primer cambio importante de la situación económica, cualquier aventurero inteligente puede inspirarse e intentar su completo exterminio. Si la resistencia no ha sido preparada con constancia y firmeza en las batallas cotidianas durante años, no caerá milagrosamente del cielo en el último minuto. Y, justamente porque la tarea principal hoy en día no es la lucha contra un neofascismo impotente, sino la lucha contra la amenaza real del «Estado fuerte», es importante evitar la confusión en las ideas. Anunciar que las primeras escaramuzas son el principio de una lucha decisiva y dar la impresión de que el fascismo («abierto» o «rampante») se identifica con los CRS en París o con la policía de Berlín Occidental (que son ambas bien ineficaces), es embotar la conciencia de las masas, desviarla del peligro real, *terrible,* que representaría un fascismo dotado de armas tecnológicas mucho más avanzadas. Esto es cometer el mismo error fatal que los dirigentes del KPD entre 1930 y 1933, cuando presentaban a Bruening, Papen, Schleicher y Hugenberg como la encarnación del fascismo, lo que llevó a los trabajadores a la conclusión de que el monstruo no era tan terrible como se lo presentaba.

Los gérmenes de un renacimiento potencial del fascismo están contenidos en la plaga, conscientemente extendida en algunos países

imperialistas, formada por la mentalidad racista, y xenófoba (contra los negros, los no blancos, los trabajadores emigrados, los árabes, etc.), en la indiferencia creciente ante los asesinatos políticos en un país como Estados Unidos[1], en el resentimiento irracional hacia los «acontecimientos hostiles» cada vez más frecuentes en la arena mundial, y en el odio, igualmente irracional, hacia las minorías revolucionarias y no conformistas («La cámara de gas es lo que os hace falta», «El campo de concentración, ¡ése es vuestro sitio!», éste es el género de imprecaciones lanzadas a los manifestantes del SDS en Berlín Oeste, en Alemania Federal o en los Estados Unidos por los defensores de «la ley y el orden»).

Esto se convierte en una trágica ceguera cuando un universitario como el profesor Habermas, hombre liberal e inteligente por otra parte, se deja convencer hasta el punto de tratar a los estudiantes revolucionarios de «fascistas de izquierda», a ellos que, precisamente, serían las primeras víctimas del terror fascista. Hoy en día, lo mismo que en los años veinte o treinta, no debe buscarse el caldo de cultivo del fascismo en las minorías no conformistas, sino en los filisteos que claman: «¡Respetabilidad, Honor, Lealtad!».

No está en absoluto excluido que, en el caso de que la economía capitalista mundial llegue a verse arruinada –no necesariamente bajo la forma de una gran crisis económica mundial de la amplitud de los años 1929 a 1933, lo que parece bastante improbable, considerando la amplitud de los presupuestos y de la inflación hoy día–, estos gérmenes, presentes en todas partes en Europa Occidental, puedan muy bien florecer y producir una nueva epidemia fascista. Pero la probabilidad de la aparición de un peligro semejante es mucho mayor en Estados Unidos que en Europa. La gran burguesía europea ya se ha quemado los dedos gravemente con una experiencia de fascismo. En algunas partes del continente, el resultado fue que perdió todo lo que poseía; en otras, sólo consiguió salvar su dominación de clase en el último instante. En la medida en que esta experiencia ha dejado huellas profundas en las masas populares y que la reaparición repentina de una amenaza fascista provocaría sin duda violentas reacciones, la burguesía está menos dispuesta a repetir la aventura.

Con respecto a esto, la evolución de los estudiantes de Europa Occidental es un buen augurio. Desde principios de siglo los grupos estudiantiles constituyeron la incubadora intelectual del fascismo. Los primeros cuadros de los grupos fascistas se reclutaron entre ellos. Ellos fueron los principales proveedores de rompe-huelgas organizados en los años veinte, no sólo en Alemania, sino también en Gran Bretaña, durante la huelga general de 1926. Antes de que Hitler ocupase el puesto de

canciller ya había conquistado las universidades. Y tras la victoria del Frente Popular en las elecciones de 1936 en Francia, los «Camelots du Roi», grupo semifascista, seguían reinando en el Barrio Latino.

Actualmente el panorama ha cambiado por completo. En todos los países de Europa Occidental la tendencia general de los estudiantes es hacia la extrema izquierda y la izquierda, más que hacia la extrema derecha. Ahora se reclutan entre los estudiantes piquetes de huelga, y no rompe-huelgas, y acuden a las fábricas no para ayudar a los patrones a «restablecer la ley y el orden», sino para alentar a los trabajadores a poner en cuestión el «orden» neocapitalista, de manera mucho más radical que las organizaciones obreras tradicionales. Resulta poco probable que se altere esta tendencia en los próximos años. Mientras que después de la Primera Guerra Mundial el fascismo era, sobre todo, un levantamiento de la juventud, hoy existen escasos elementos que nos permitan afirmar que la juventud, en cualquier parte de Europa, pueda verse atraída en gran número por la extrema derecha.

La próxima ola en Europa será de izquierda y de extrema izquierda: esto aparece netamente leyendo el sismógrafo de la juventud que se encuentra siempre algunos años por delante del movimiento de masas. Y los sucesos de Mayo del 68 son sólo un prólogo. Pero si esta ola se rompe por un fracaso y si la decepción de la joven generación coincide con un trastorno de la economía, entonces el fascismo, a su vez, tendrá posibilidades de victoria.

También en Estados Unidos, la evolución podría adoptar el mismo ritmo dialéctico que se encuentra en todas partes después de 1918. Cuando la sociedad neocapitalista se encuentra profundamente sacudida, la balanza oscila siempre primero hacia la izquierda y sólo cuando el movimiento obrero ha fracasado, encuentra la derecha su oportunidad. No obstante, la gran burguesía americana tiene menos experiencia y actúa, por tanto, más crudamente que la de Europa Occidental, puesto que prácticamente nunca ha tenido que sufrir las consecuencias de los riesgos a que se ha expuesto. En consecuencia, posee un instinto bastante menos desarrollado en cuanto a los límites naturales de la política de «todo o nada»; además, dispone, a causa de la tradición no política de importantes sectores de la población americana, de una reserva de conservadurismo de extrema derecha que, en la eventualidad de un cambio en la situación económica y de que el ala revolucionaria pierda su oportunidad de transformar el país sobre bases socialistas, podría ofrecer mayores posibilidades de éxito a un aventurero fascista que en Europa. La creciente violencia, el carácter explosivo de la cuestión racial y la temeridad de ciertos círculos imperialistas posibilitan en mayor medida el

desarrollo de una tendencia fascistizante del otro lado del Atlántico[2].

Es inútil insistir en el terrible peligro que un fascismo semejante representaría no sólo para la existencia de la cultura humana, sino también para la misma existencia física de la raza humana. Podemos imaginar fácilmente lo que hubiese ocurrido en 1944 si Hitler hubiese poseído un arsenal de armas nucleares como el que posee América actualmente. Los extremistas de derecha como la John Birch Society y los Minutemen dicen ya: «Antes muerto que rojo» («better dead that red»). Tras la destrucción de la sociedad capitalista en el resto del mundo, en el curso de los últimos sobresaltos del combate a muerte para preservar «su» sociedad capitalista monopolista, si el gran capital americano decide ceder el poder político a hombres absolutamente irracionales, será un golpe fatal para la humanidad. Al final de los años veinte y principios de los años treinta, los marxistas revolucionarios afirmaban que el combate entre el fascismo y por una solución socialista a la crisis europea era una batalla contra la barbarie que progresaba en esa parte del mundo. En los próximos decenios la lucha por una América socialista puede convertirse en un combate a vida o muerte para toda la humanidad.

Por esta razón, los agudos análisis y los clamores proféticos de Casandra de Trotsky tienen una actualidad inmediata. Pues, mientras dure el capitalismo monopolista, el mismo peligro, incluso bajo una forma más terrorífica y con una barbarie todavía más inhumana, puede resurgir.

Hemos dicho al principio de este texto que la superioridad de los análisis de Trotsky forzaba a la admiración del lector. Pero el estudio de sus escritos provoca más bien la cólera y el desprecio que la admiración. Qué fácil hubiese sido tomar en cuenta las advertencias de Trotsky y evitar así el desastre. Ésta debe ser la moraleja: reconocer el mal para poder combatirlo a tiempo y con éxito. La catástrofe alemana no debe repetirse. Y no se repetirá.

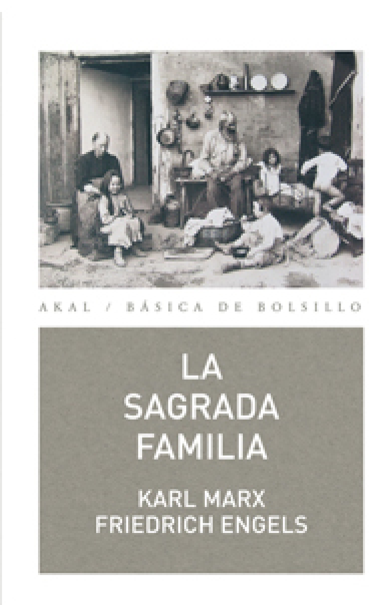
30 de enero de 1969

[1] La lista de líderes políticos asesinados estos últimos años en Estados Unidos recuerda siniestramente a la del periodo de Weimar: Malcolm X, Martin Luther King, John F. Kennedy, Robert Kennedy y numerosos líderes del Black Panthers Party.

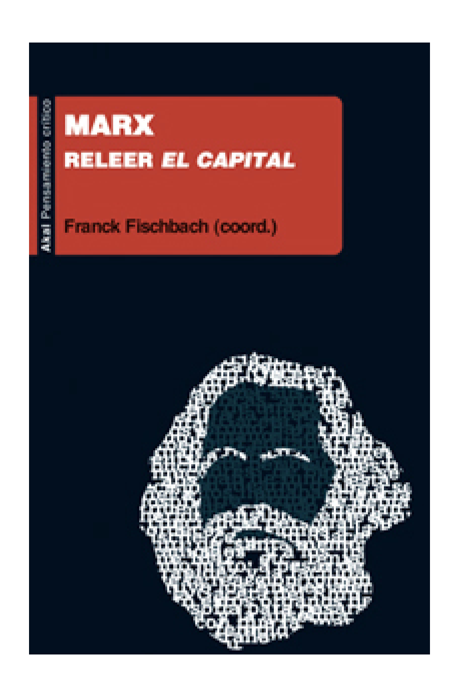
[2] Es necesario recordar que en este proceso de polarización –que ha comenzado ya estos últimos años– el activismo de derechas ha declinado. En los Estados Unidos también el sector políticamente activo de la juventud tiende irresistiblemente hacia la izquierda. Como en Europa

Occidental, las confrontaciones tienen lugar no entre los activistas de derecha o de izquierda, sino entre los activistas de izquierda y la policía. La relativa prosperidad de las capas medias de la población americana y su conservadurismo correspondiente no son, ciertamente, extrañas a ese estado de cosas.

AKAL / Otros títulos publicados



LA SAGRADA FAMILIA
Karl Marx; Friedrich Schiller
978-84-460-3782-8



MARX
Franck Fischbach
978-84-460-3717-0

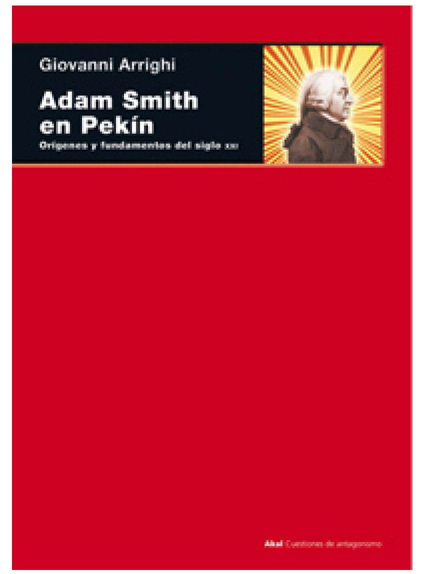


¡ABAJO EL COLONIALISMO!

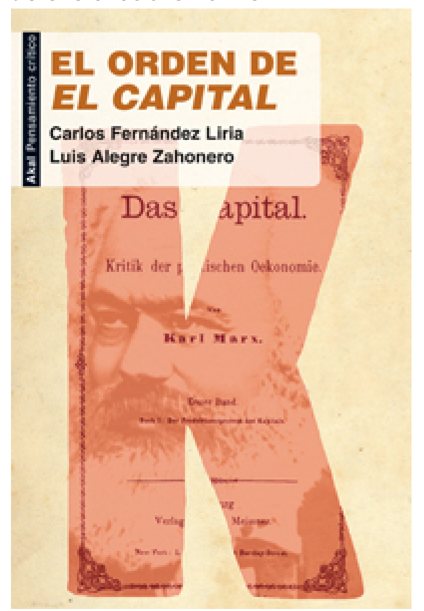
Ho Chi Minh
978-84-460-3644-9



TERRORISMO Y COMUNISMO
Leon Trotski
978-84-460-3159-8



adam smith EN PEKÍN
Giovanni Arrighi
978-84-460-3162-8



EL ORDEN DE EL CAPITAL
Carlos Fernández Liria
978-84-460-3625-8